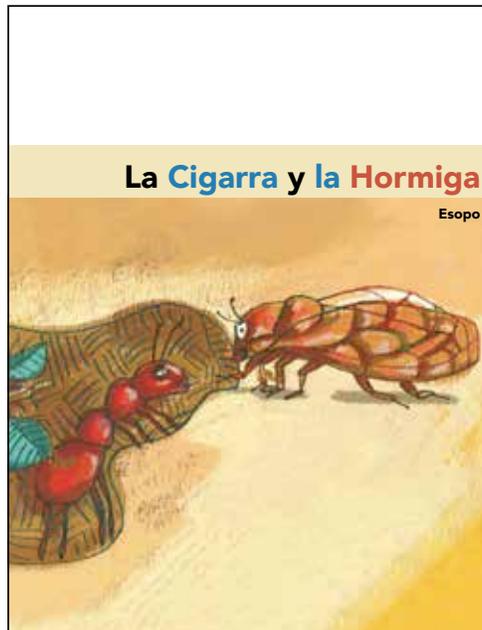
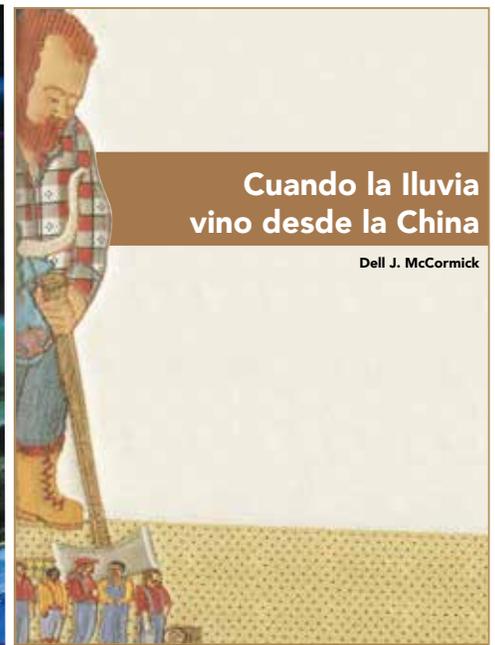
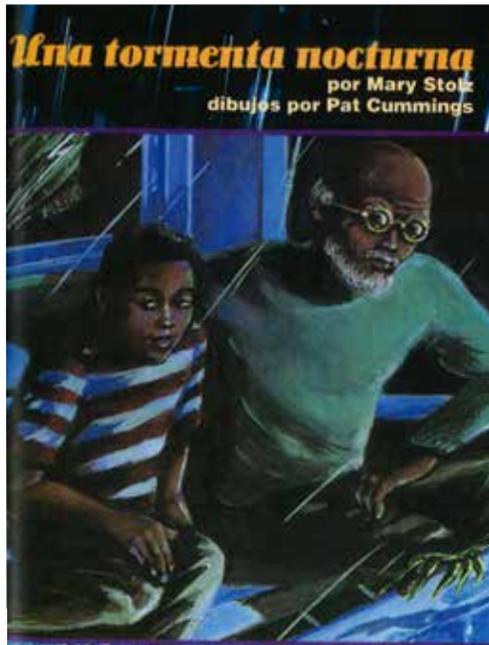
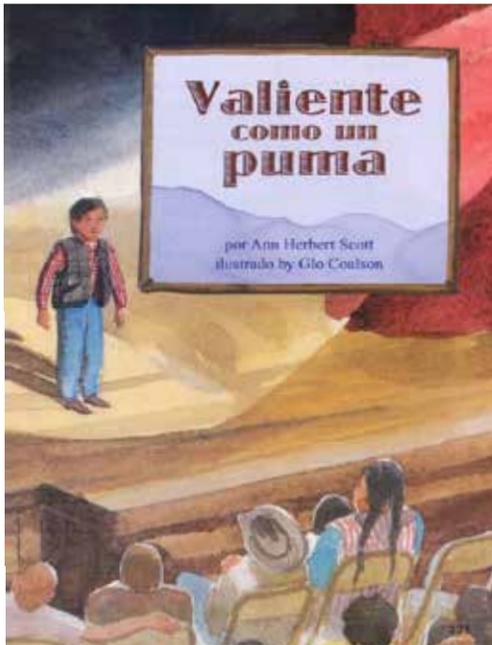


# Tercer Grado Unidad 3

Third Grade - Unit 3





# Valiente como un puma

por Ann Herbert Scott  
ilustrado by Glo Coalson



Nevaba mucho. En la sala, con la cara pegada al cristal helado de la ventana, Araña apenas podía ver los caballos de su padre que se agrupaban contra la cerca. Muy pronto la oscuridad cubriría la reservación.

Araña tiritó. Cualquiera otra noche hubiera esperado que su padre llegara a casa antes de que la nieve se acumulara y le dificultara el paso. Pero esa noche era diferente. Esa noche temía su llegada.

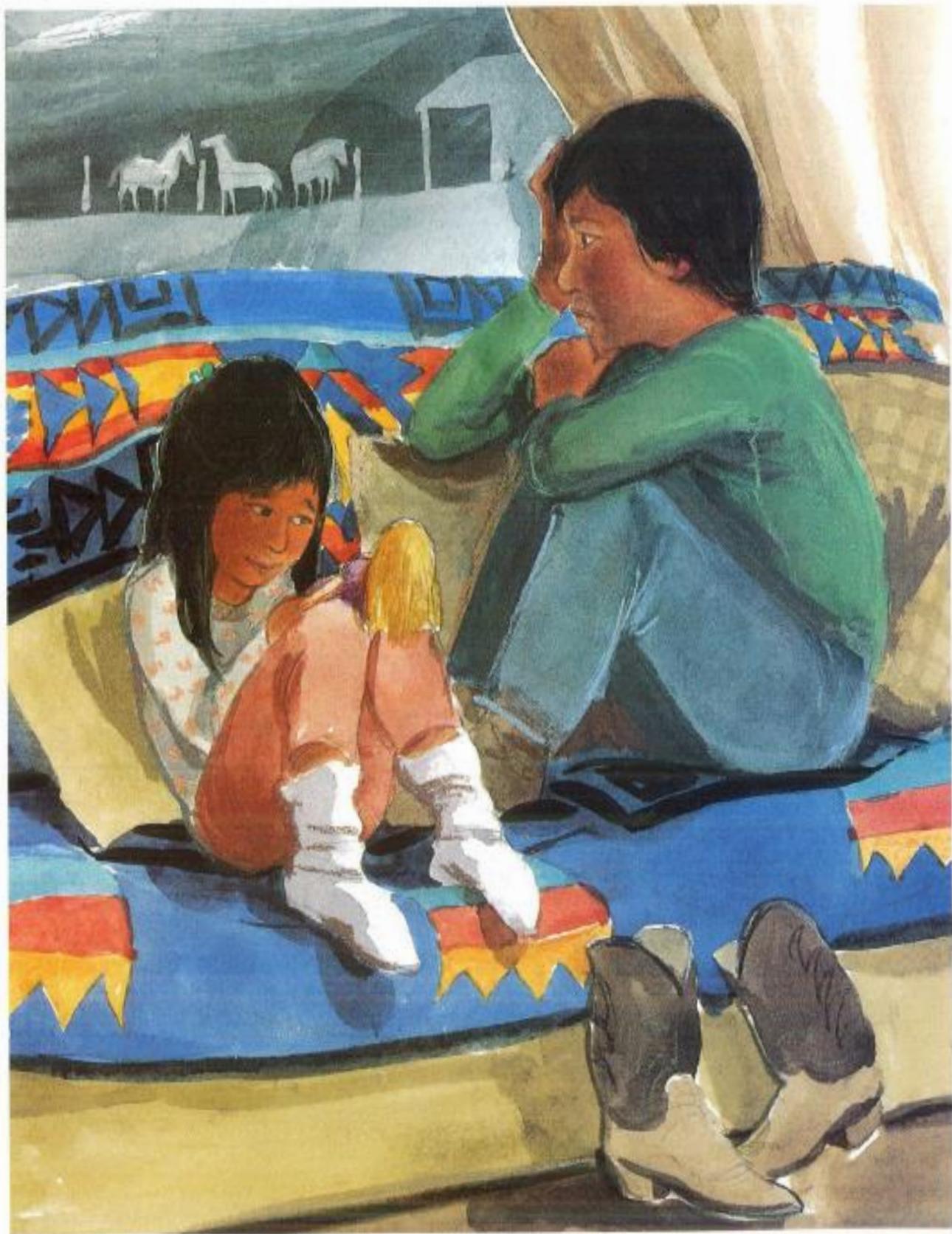
Araña tocaba los dos papeles de la escuela que tenía en el bolsillo. Quería mostrarle uno de ellos a su padre, pero el otro no. No esa noche. Ni nunca.

A su lado, en el sofá, su hermana Winona jugaba con una muñeca. “Qué suerte tiene”, pensó Araña. Winona era demasiado pequeña para preocuparse por nada, y mucho menos por la escuela.

En ese momento, Araña vio pasar las luces rojas del camión quitanieves frente a su casa. Justo detrás venía la nueva camioneta azul de su padre. Araña suspiró. Al menos papá había llegado a casa sano y salvo. ¡Ahora empezarían los problemas!

Winona corrió hacia la puerta de atrás. Pero Araña se quedó en el sofá, esperando. Sentía el olor de la cena que salía de la cocina. Olía a carne de venado, su plato favorito. Pero esa noche ni siquiera tenía hambre. Pronto oyó a su padre y a su hermano Will sacudirse la nieve de las botas.

El padre de Araña entró cargado de cartas. Colgó el sombrero y la chaqueta en el gancho al lado de la cocina y se estiró en su silla favorita.



—¿Qué hiciste hoy en la escuela? —le preguntó a Araña.

—Poca cosa —dijo Araña, tocando los papeles que tenía en el bolsillo.

—¿Trajiste algún papel?

Araña asintió con la cabeza. ¿Cómo es que su padre siempre lo sabía?

—Vamos a ver —dijo su padre.

Araña sacó del bolsillo el primer papel.

—Éste es el bueno —dijo.

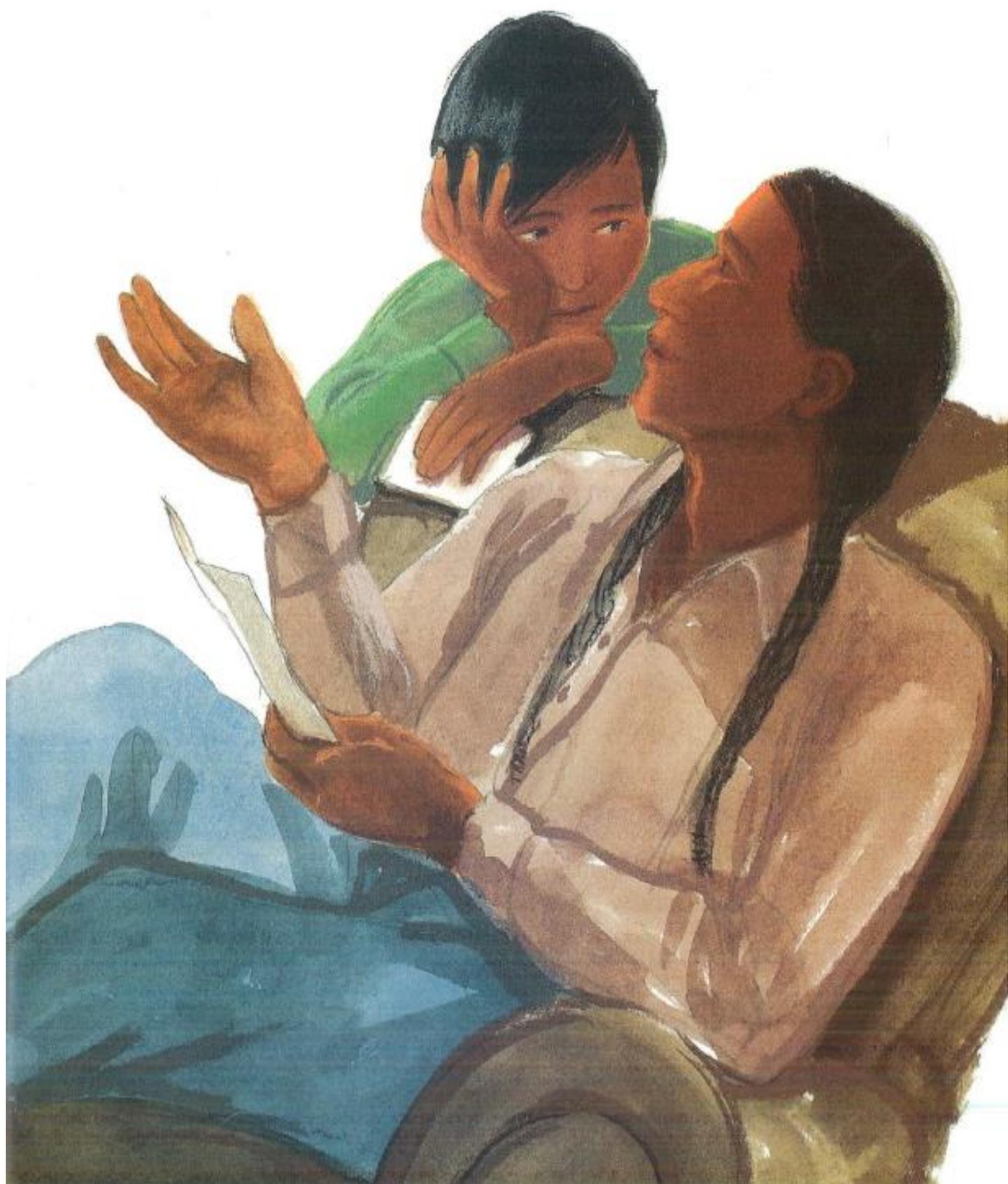
—Ortografía, cien por ciento. Todas las palabras correctas. Excelente, hijo.

—Pero papá, tengo un problema —Araña puso el otro papel en la mano de su padre—. La maestra quiere que participe en el gran concurso de ortografía de la escuela.

El padre de Araña lo leyó en voz alta: “Estimados padres: Me complace informarles que su hijo ha calificado para el concurso de ortografía de la escuela, el cual se llevará a cabo el próximo jueves por la noche.

Esperamos que asistan con su familia”.





La madre y la abuela de Araña salieron de la cocina con una bandeja de carne de venado y platos de frijoles y maíz para la cena.

—Ésa es una buena noticia, Pequeño hermano —dijo su abuela con una sonrisa.

—Pero no lo haré —dijo Araña.

—¿Por qué no? —preguntó Will.

—Tengo miedo —dijo Araña.

—Pero tú eres un muchacho valiente —dijo su padre—. ¿Por qué tienes miedo?

—Papá —dijo Araña—, te hacen subir al escenario del gimnasio y todo el mundo te mira. Tengo miedo de que se me paralicen las piernas y no sea capaz ni de andar. Y si me subiera allí arriba, abriría la boca y no me saldría ni una palabra. Me da mucho miedo.

—Ah, entiendo —dijo su padre.

La madre de Araña le puso la mano sobre el hombro.

—Debes tener hambre —dijo—. Vamos a comer.

---

Después de la cena, Araña se sentó al lado de la estufa de leña a hacer sus tareas.

—Papá, ¿participaste alguna vez en un concurso de ortografía? —preguntó.

—De hecho, pues sí, sí participé.

—¿Estabas asustado?

—Estaba muerto de miedo. No quería hacerlo, pero entonces mi padre me dijo que me imaginara ser un animal salvaje, el animal más fuerte y valiente que se me ocurriera. Y así se me pasó el miedo.

Más tarde Araña se sentó en la cama y se puso a pensar en animales que no le tuvieran miedo a nada. En la pared de su cuarto había un cuadro de un puma que su papá había pintado para él. ¿Qué tal un puma, el Rey de los Animales?

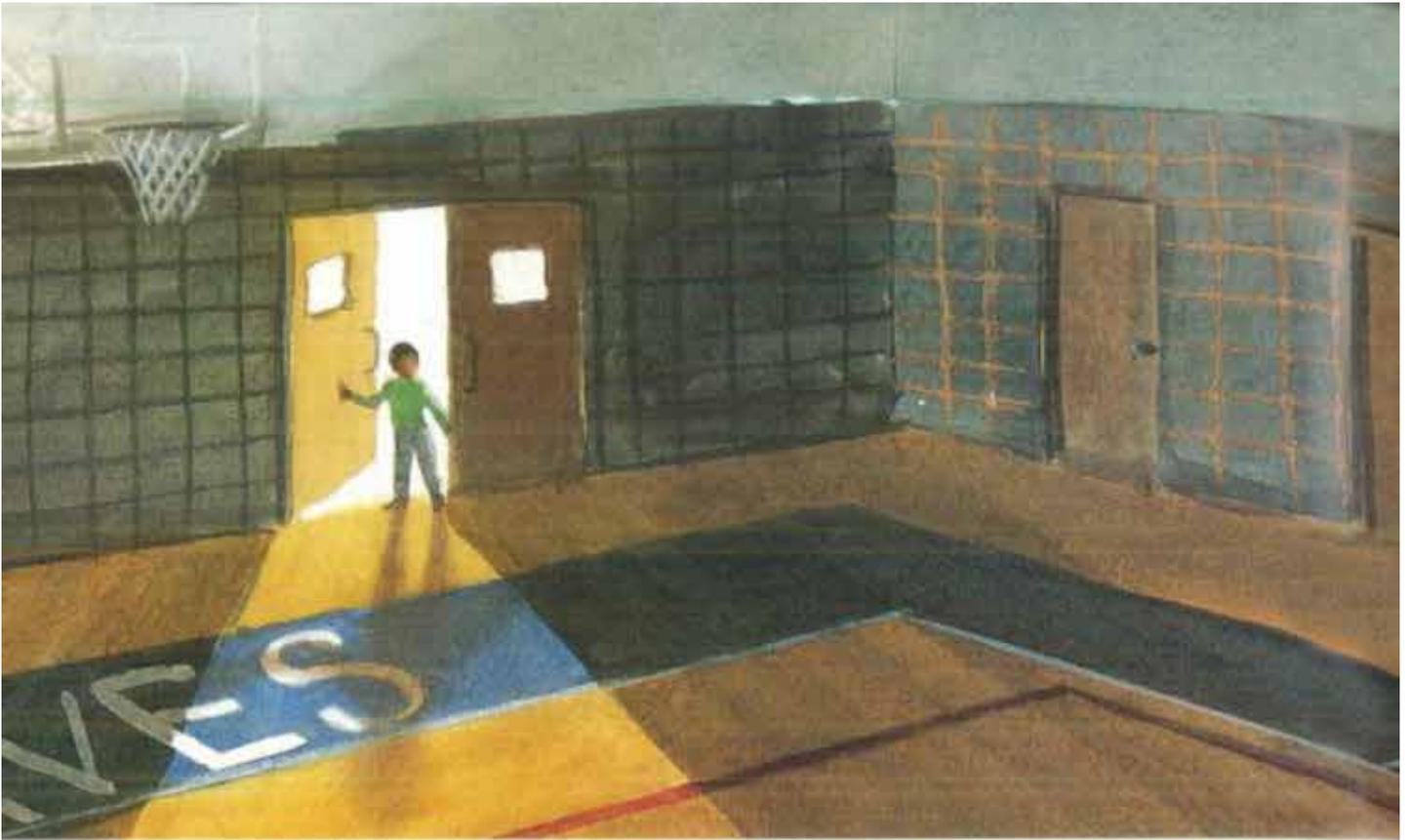
Araña sacó su linterna de debajo de la almohada e iluminó la cara del gran animal salvaje.

“Valiente como un puma”, se dijo en voz alta y fuerte.

“Valiente como un puma”, repetía en silencio mientras se quedaba dormido.

—Trataré de ser valiente como un puma —le susurró a su padre a la mañana siguiente, cuando se peinaba para ir a la escuela.





A la hora del recreo, Araña echó un vistazo al gimnasio. La enorme sala estaba vacía. Levantó la cabeza y miró el mural del antiguo pueblo shoshone. Eran valientes cazadores de venados, antílopes y alces, igual que lo eran ahora su padre y sus tios.

Al fondo del gimnasio estaba el marcador con el emblema de la escuela, el águila. Todos los sábados de invierno, Araña y toda su familia venían a animar a Will y a su equipo de básquetbol. Esos jugadores no le tenían miedo a nada.

Luego Araña se quedó mirando el escenario. Allí es donde estarían los participantes. Se le secó la garganta, y el corazón le hacía *pum-pum, pum-pum*. ¿Cómo podría subirse él allí arriba, frente a tanta gente? Araña salió corriendo, cerrando de un portazo la puerta del gimnasio.

Esa tarde seguía nevando. En casa, Araña encontró a su abuela haciendo una banda de cuentas para un sombrero. Era para el cumpleaños de su padre. Araña observó cómo pasaba la aguja por los agujeritos de las cuentas rojas, negras y blancas.

—Abuela, ¿participaste alguna vez en un concurso de ortografía?

—No, nunca —contestó la abuela—. ¿Le estás dando vueltas y vueltas en la cabeza?

—Sí, todo el tiempo —dijo Araña.

—¿Qué es lo que más te preocupa?

—Estar en el escenario frente a toda esa gente mirándome.



—Ah, bueno, eso es fácil —dijo su abuela—.

Debes ser astuto. Astuto como un coyote. El coyote siempre tiene algún truco que lo saca de los problemas. Cuando estés en el escenario, no mires a nadie. Date la vuelta e imagina que estás solo.

---

Esa noche en la cama Araña se tapó la cabeza con la cobija.

“Valiente como un puma, astuto como un coyote”, no paraba de repetir mientras se quedaba dormido.

A la mañana siguiente Araña limpió la escarcha para mirar por la ventana de su cuarto. Los remolinos de nieve le impedían ver las montañas. Sonreía mientras metía sus libros en la mochila. Si seguía nevando así, quizás la directora cancelaría las clases al día siguiente.

---

Lo único de lo que se hablaba en clase ese día era del concurso de ortografía.

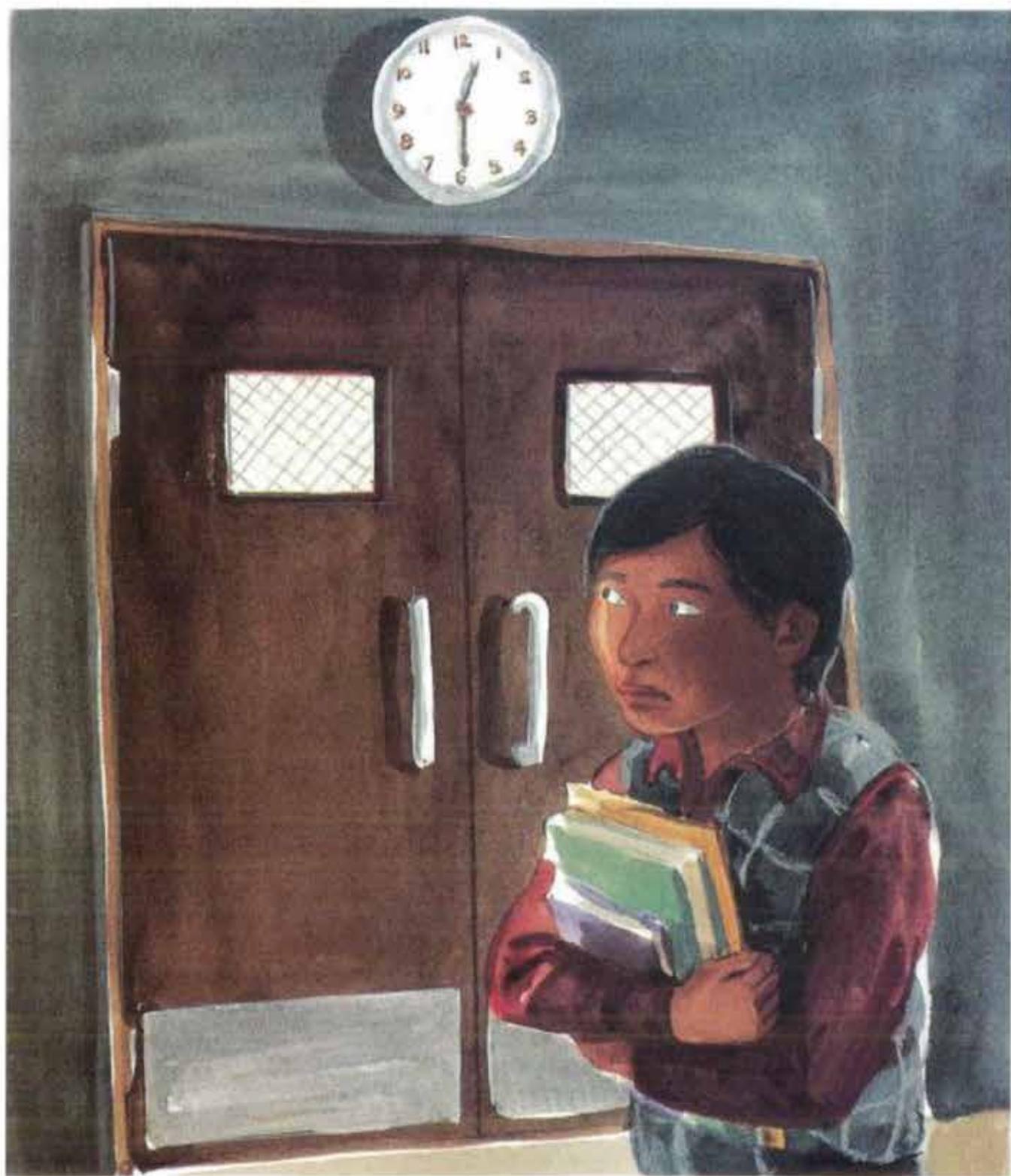
—¿Podemos contar contigo, Araña? —preguntó la maestra, la Srta. Phillips.

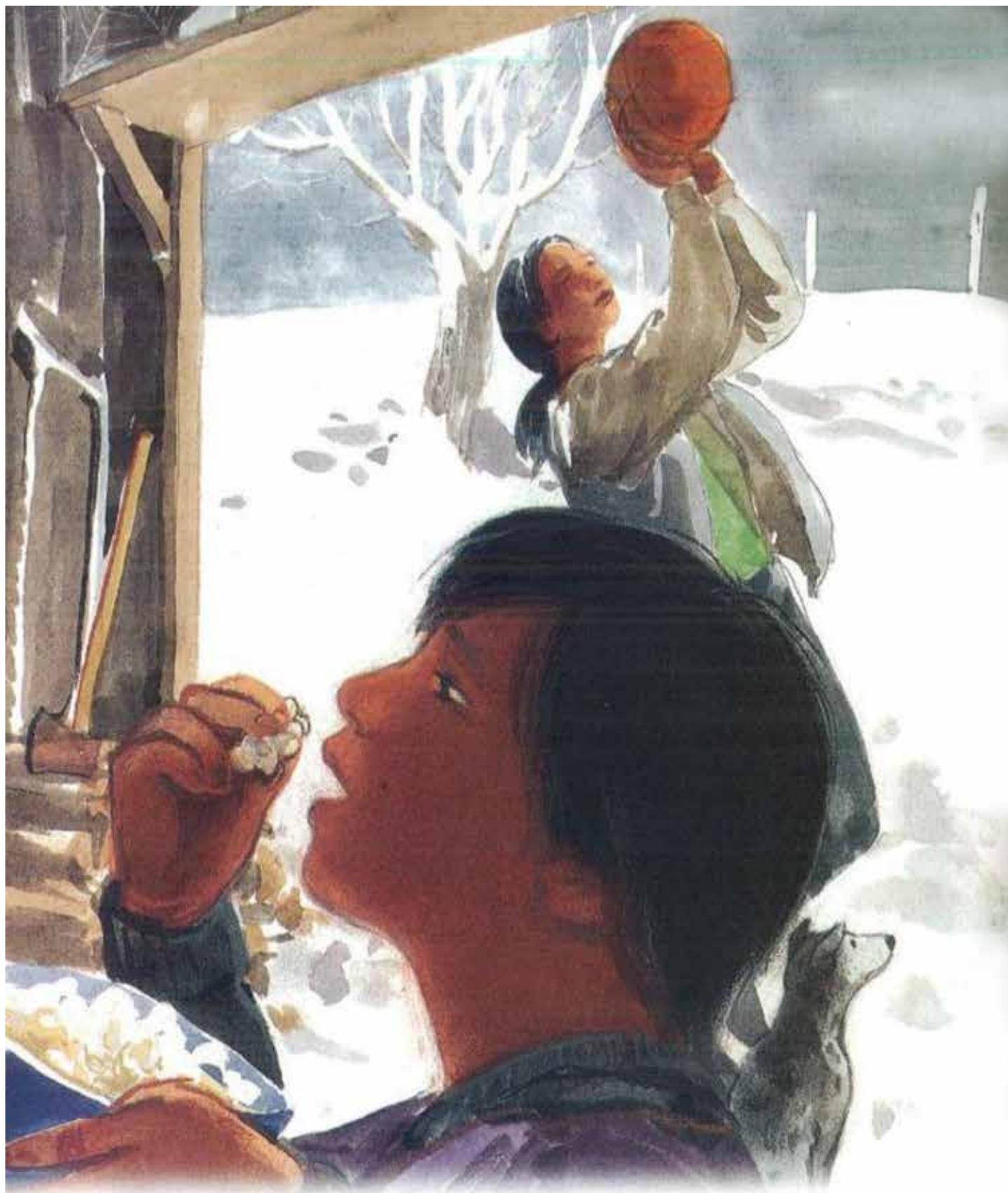
Araña movió la cabeza en negativa.

—Tal vez —dijo—. Aún no lo he decidido.

—Pues más vale que lo decidas pronto —dijo la Srta. Phillips—. El concurso de ortografía es mañana por la noche.

Después del almuerzo Araña pasó por el gimnasio, pero esta vez no entró. No había necesidad. Recordaba perfectamente cómo era. Aterrador. Cuando lo pensó, sintió un escalofrío recorrerle todo el cuerpo.







Por la tarde la nieve se había acumulado en montones más altos que Araña. Agarró un tazón de palomitas de maíz y fue a la entrada del garaje a ver a Will jugar al básquetbol. Una y otra vez la pelota entraba en la canasta. Will casi nunca fallaba.

—¿Hay palomitas para mí? —preguntó Will a su hermanito. Araña trajo otro tazón de la cocina.

—¿Estás preparándote para el concurso de ortografía? —preguntó Will.

—He decidido no participar —dijo Araña—. Voy a ser valiente cuando sea más grande.

Will asintió con la cabeza.

—Recuerdo esos concursos de ortografía.

—¿Tenías miedo? —preguntó Araña.

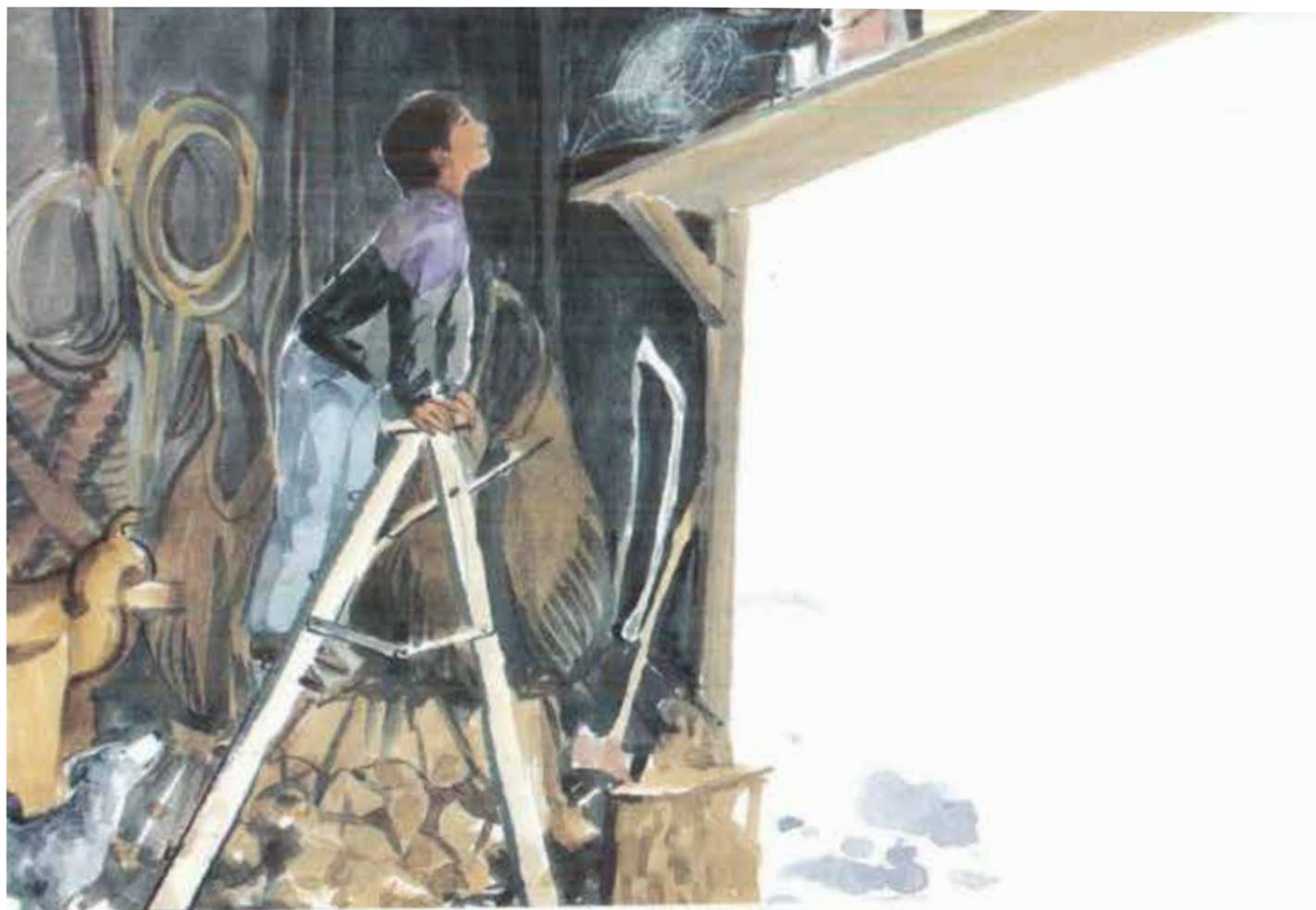
—Me moría de miedo —dijo Will—. Pero luego aprendí el secreto.

—¿Y cuál es el secreto? —preguntó Araña.

—Estar callado.

—¿Callado? —preguntó Araña—. ¿Qué se logra así?

—Te mantienes calmado. Cuando tengo que lanzar un tiro difícil y todo el equipo depende de mí, es entonces cuando más callado me quedo.



Araña no dijo nada. Se limitó a mirar a su hermano meter canasta tras canasta. Luego la vio a ella. En lo alto de la repisa llena de botes de pintura y medicinas para el ganado, había un diminuto insecto. Era Pequeña Araña, su vieja amiga, que colgaba de la telaraña que tejía. Estaba callada. Callada como la luna.

Araña sonrió. ¡Cómo lo podía haber olvidado! La abuela a veces le contó que de pequeño, en la cuna, se pasaba las horas mirando una araña que tejía una telaraña en el techo. Fue su primera amiga y, desde entonces, su familia siempre lo llamó Araña. Se subió a la escalera para observar de cerca al pequeño animal. Qué valiente era, colgando en el espacio sin dónde agarrarse. Y qué lista, tejiendo una red sin más material que su silencioso cuerpo.

—Di algo —susurró.

El pequeño animal se quedó callado. Pero Araña sintió que le hablaba en su propia forma misteriosa.

—Escucha tu espíritu —parecía decir—. Escucha tu espíritu y nunca tendrás miedo.

---

Al día siguiente dejó de nevar. El hielo brillaba bajo los rayos de sol que entraban por la ventana. No había ninguna posibilidad de que cerraran la escuela ese día.

“Valiente como un puma, astuto como un coyote, callado como una araña”, pensaba Araña mientras se abrochaba el chaleco.

Winona abrió la puerta: —¿Vas a participar?

—Voy a participar —contestó Araña.

Esa noche asistió toda la familia. Su abuela, que vivía con ellos, y sus otros abuelos y su padre y su madre y tres tías y dos tíos y Will y Winona y muchos primos. Tres de ellos también iban a participar en el concurso.

Valiente como un puma, Araña subió las escaleras del escenario. Astuto como un coyote, se giró de espaldas para no ver las filas de gente que había allí abajo. Muy callado, escuchó su espíritu y oyó latir su corazón: *pum-pum, pum-pum*.

Los mejores de su clase estaban en el escenario, todos de pie, en fila. La directora les dictaba las palabras una por una.

Al principio las palabras eran fáciles.

—Amarillo —dijo la directora—. Tengo un perro amarillo.

Araña fijó la mirada en la cara de la directora.

—Amarillo —dijo Araña—. A-m-a-r-i-l-l-o.

Amarillo.

—Correcto —dijo la directora.

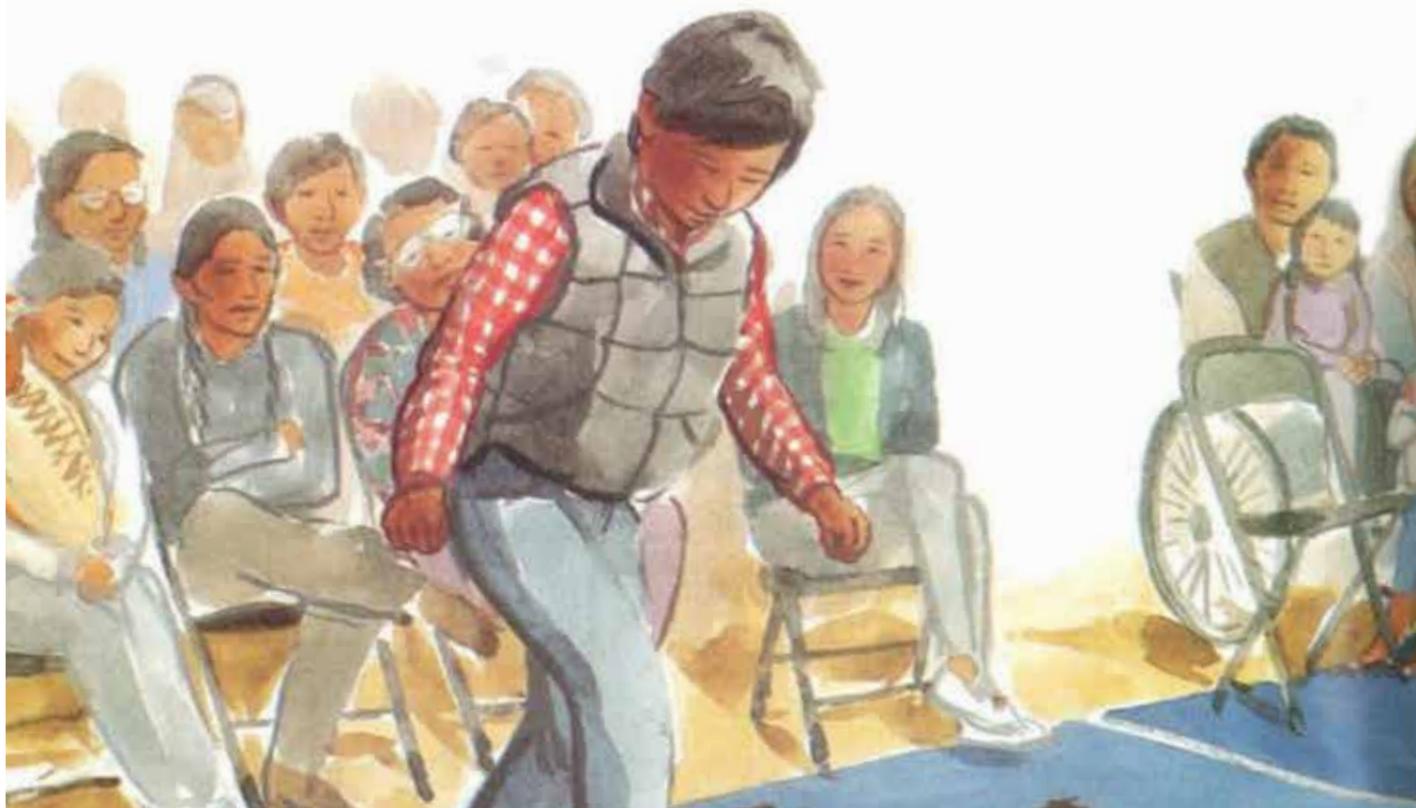
Luego las palabras fueron más difíciles.

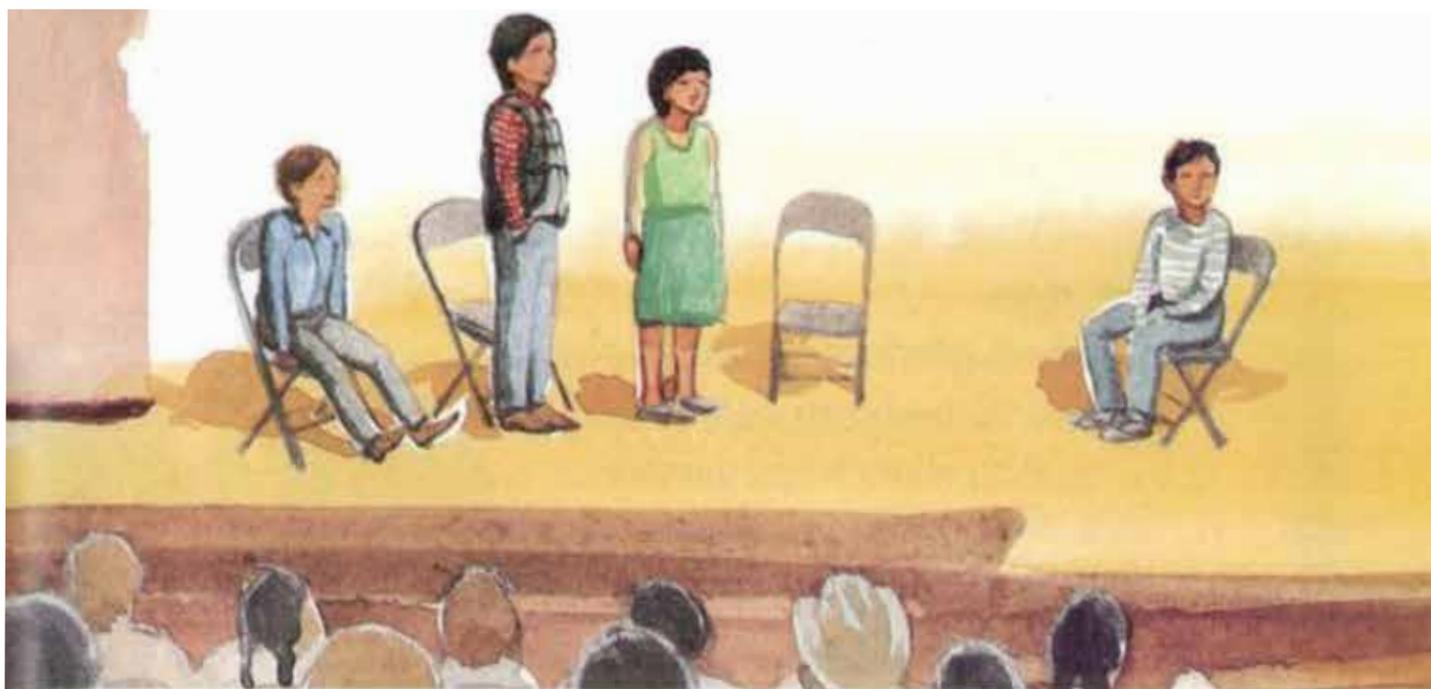
—Febrero —dijo la directora—. Pronto será febrero.

Le tocaba de nuevo el turno a Araña.

—Febrero —dijo Araña, acordándose de la *b* y la *r*—. F-e-b-r-e-r-o. Febrero.

—Correcto —dijo la directora.





Finalmente ya sólo quedaban dos participantes: Araña y Elsie, una niña del otro extremo de la reservación.

—Excelente —dijo la directora—. El equipo de básquetbol es excelente.

—Excelente —dijo Araña respirando a fondo—. E-x-s-e-l-e-n-t-e. Exselente.

—Incorrecto —dijo la directora. Luego se dirigió a Elsie—: Excelente. El equipo de básquetbol es excelente.

—Excelente —dijo Elsie—. E-x-c-e-l-e-n-t-e. Excelente.

—Correcto —dijo la directora—. Demos un fuerte aplauso a nuestros dos ganadores de la clase de la Srta. Phillips: Elsie en primer lugar y Araña, en segundo.

Se había acabado. Araña bajó las escaleras y fue hacia donde estaban sentados sus familiares. El padre de Araña le dio la mano y Will le dio unas palmadas en la espalda.

—¡Lo lograste! —dijo su madre orgullosa—. ¡Estuviste allí arriba delante de todos!

—Fue fácil —dijo Araña.

—Fuiste valiente —dijo su padre—. Valiente como un puma.

—Y astuto —dijo su abuela—. Astuto como un coyote.

“Ni siquiera tuve miedo”, pensó Araña. “Escuché mi espíritu”.

—Pero ahora tengo hambre —le dijo a su familia—. Más hambre que un oso. Vámonos todos a casa. ¡Es hora de comer!



### Conozcamos a la autora

## Ann Herbert Scott

Ann Herbert Scott lleva escribiendo casi toda la vida. Cuando era pequeña, sus padres estaban tan orgullosos de su talento que comenzaron a guardar todo lo que escribía.

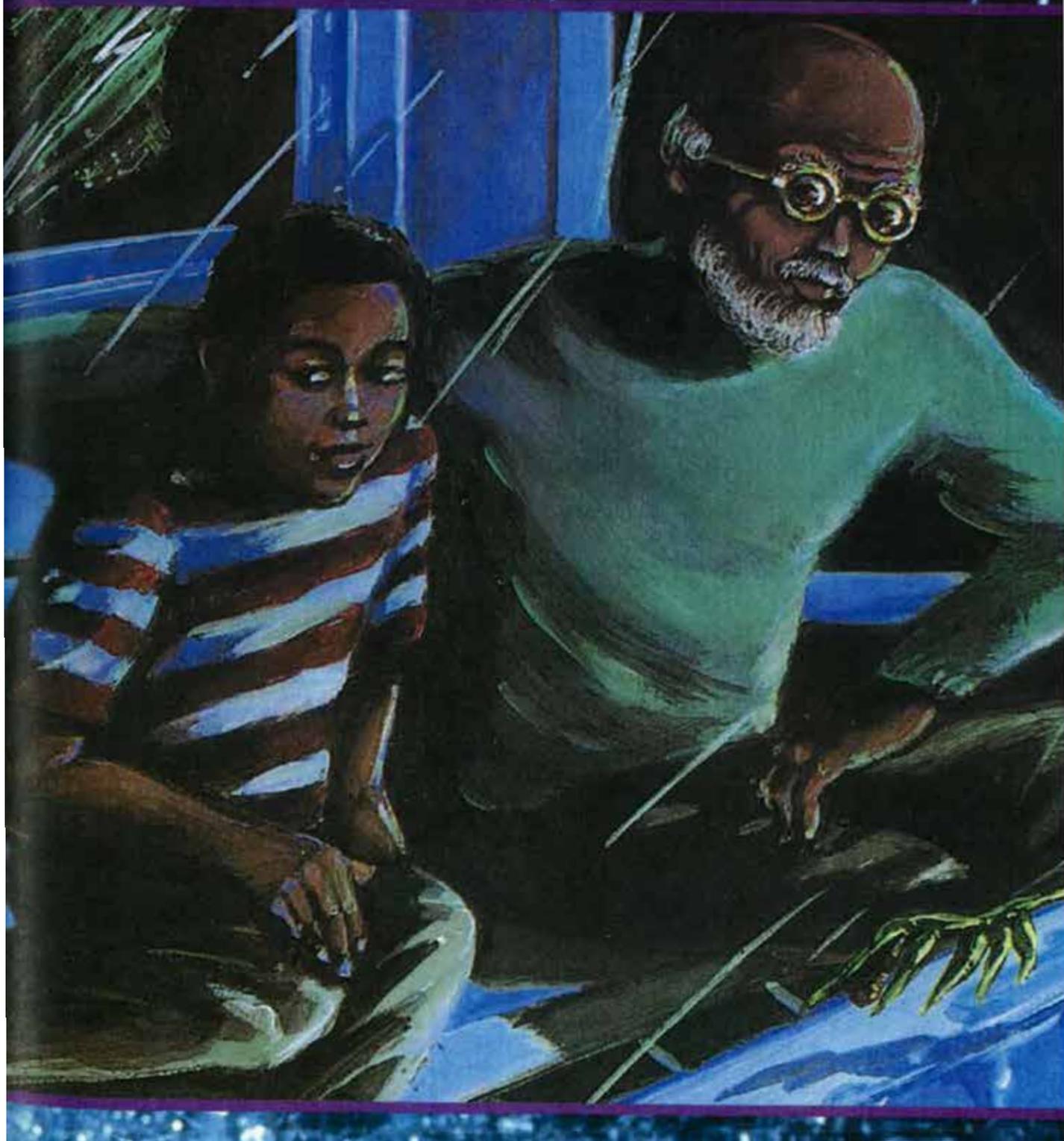
Durante muchos años, la Sra. Scott trabajó con niños de zonas urbanas. En aquella época, no había muchos libros sobre niños como con los que ella trabajaba. Esto le molestaba. “Soñaba con escribir algún día cuentos realistas cuyo ambiente fuera los proyectos de vivienda donde yo trabajaba”, dice.

Muchos años después, la Sra. Scott escribió *Big Cowboy Western* (“El gran vaquero”), un libro sobre un niño que vive en la ciudad.



# *Una tormenta nocturna*

por Mary Stolz  
dibujos por Pat Cummings







Una tormenta nocturna.

Truenos como montañas que explotan.  
Rayos que acarician el cielo azul marino.  
Lluvia torrencial que se desliza por las  
ventanas, y murmura en los canalones.

¿Y Abuelo? ¿...y Tomás? ¿...y el gato,  
Ringo? Estaban en la oscuridad. Con la  
excepción de los brillantes ojos mandarines  
de Ringo y las llamas de color zanahoria en  
la estufa de madera, todos estaban en  
bastante oscuridad.

—No podemos leer —dijo Abuelo.

—No podemos ver la tele —dijo Tomás.

—Es demasiado temprano para irse a la  
cama —dijo Abuelo.

—¿Qué vamos a hacer? —dijo Tomás  
suspirando.

—No hay más remedio —dijo  
Abuelo —, voy a tener que contarte un  
cuento de cuando yo era niño.

Tomás sonrió entre las sombras. No podía creer que Abuelo hubiera sido alguna vez un niño, pero Tomás lo creyó. Porque Abuelo lo dijo, Tomás creyó que hacía mucho, mucho tiempo, probablemente al principio del mundo, su abuelo había sido un niño. Igual que Tomás ahora era un niño y siempre lo sería. Un abuelo podría ser un niño si pudiera recordar sus memorias; pero un niño no podría ser un abuelo.

Ringo no podría crecer hasta convertirse en un canguro, y un niño no podría crecer hasta convertirse en un viejo. Y así es, se dijo Tomás a sí mismo.

Abuelo era grande y con barba. Tomás tenía una barbilla tan pelada como un durazno. Abuelo tenía una voz como una tuba. La voz de Tomás era como un silbato.

—Estoy pensando —dijo Tomás.

—Ay —dijo Abuelo.









—Estoy tratando de imaginar cómo eras cuando tenías mi edad.

—Así es como era —dijo Abuelo.

—¿Cómo?

—Como alguien de tu edad.

—¿Te parecías a mí?

—Me parecía mucho a ti.

—Pero no tenías barba.

—Ni un pelo.

—Seguramente eras bajito.

—Sí, era bajito.

—Y tu voz, ¿era como la mía?

—Exactamente.

Tomás suspiró. No podía imaginárselo. Y dejó de intentarlo.

En lugar de ello, intentó decidir si quería pedirle que contara un cuento nuevo o uno viejo. Abuelo sabía más cuentos que un libro lleno de cuentos. Tomás no los había

oído todos todavía, porque no hacía más que pedir que se los repitiera. Mientras pensaba lo que quería pedirle, escuchaba los ruidos de la oscuridad. Abuelo también los escuchaba. Una puerta de la casa chirriaba. Un grifo goteaba. Ringo se rascaba en su poste de rascar, luego en la silla de Abuelo. Se rascaba detrás de la oreja, y Abuelo y Tomás podían incluso oír eso. En la estufa, las llamas producían un ruido parpadeante.

—Qué raro —dijo Tomás—, puedo oír mejor en la oscuridad que cuando hay luz.

—Sin duda, porque sólo estás escuchando —dijo Abuelo— y no intentas ver y oír a la vez.

Eso tenía sentido para Tomás y siguió escuchando los sonidos en medio de la oscuridad.

Había relojes. El reloj de la chimenea dio las ocho. *Pin, pin, pin, pin, pin, pin, pin,*





*pin-a-lin*. El reloj de la cocina parecía muy nervioso. *Tictactictactictactictolón*. También se podían escuchar ruidos de afuera. Las campanas de la iglesia Congregacional repicaron a través de la lluvia. ¡*Bon, bon, bon, bon, bon, bon, bon, BON!*

Las ruedas de los automóviles silbaban en las calles mojadas por la lluvia. Los claxones pitaban y aullaban. Una sirena zumbaba en la distancia.

—Abuelo —dijo Tomás—, ¿había automóviles cuando eras niño?

—¡Había *automóviles!* —gritó Abuelo—. ¿Cuántos años crees que tengo?

—Bueno... —dijo Tomás.

—Ahora me vas a preguntar si había electricidad cuando tenía tu edad.

—¡Ay, abuelo! —dijo Tomás riéndose. Después de un rato dijo: —¿Había?

—Vamos a salir al porche —dijo Abuelo—. Aquí dentro hay demasiadas tonterías.







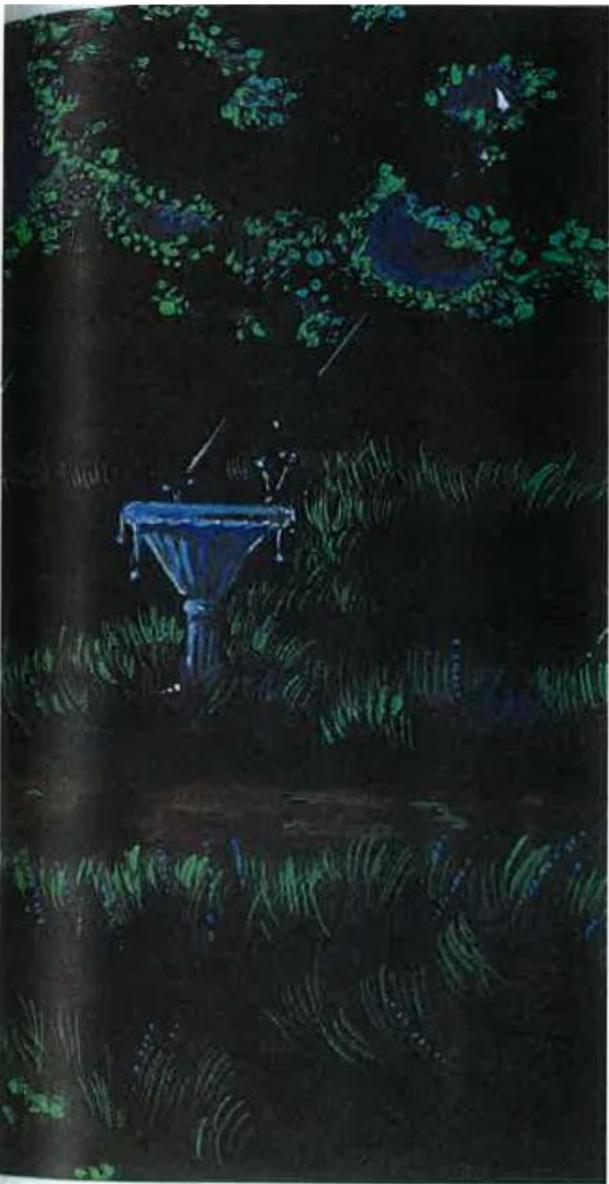


Con la luz de los relámpagos se encaminaron por la puerta principal hasta el porche. Ringo, que siempre seguía a Tomás, lo siguió y saltó a la barandilla.

La lluvia, que golpeaba con fuerza la parte de atrás de la casa, apenas caía ahí. Pero clamaba mezclada con el viento a través de la gran haya del jardín, sacudía ramas, arrancaba varillas. Inundó los arbustos, salpicó en la pila para pájaros y repiqueteó en el tejado de hojalata como si fuera un millón de chinchetas.

Abuelo y Tomás estaban sentados en el columpio, haciéndole crujir hacia delante y hacia detrás, hacia delante y hacia detrás, a la vez que los truenos resonaban y los rayos cortaban el cielo. Los pelos de Ringo se pusieron de punta y miró de un lado para otro con los ojos como platos, aterrorizado por los relámpagos que iluminaban la noche.





El aire olía a pimienta, a jardín y a nuevo.

—Qué raro —dijo Tomás—. También puedo oler mejor en la oscuridad.

Tomás creyó que Abuelo había contestado, pero no pudo oírlo porque en ese momento un rayo partió la gran haya. Arrancó una rama muy fuerte que se estrelló en el suelo.

Eso fue demasiado para Ringo. Saltó a las rodillas de Tomás y se quedó temblando.

—Pobrecito —dijo Tomás.

—Yo tenía un perro cuando era niño —dijo Abuelo—. Les tenía tanto miedo a las tormentas que yo me tenía que esconder debajo de la cama con él cuando había una. Hasta le daba miedo tener miedo solito.

—Yo no le tengo miedo a *nada* —dijo Tomás agarrado a su gato.

—Mucha gente no puede decir eso —dijo Abuelo. Y entonces añadió: —Bueno, supongo que cualquier persona puede *decir* eso.

—Yo no les tengo miedo a las tormentas como Ringo y tu perro. ¿Cómo se llamaba?

—Melvin.

—Ese nombre no está bien para un perro —dijo Tomás.

—A mí me parecía que sí —dijo Abuelo tranquilamente—. Era mi perro.

—Me gustan los gatos —dijo Tomás—. ¡Quiero tener un *tigre!*

—No mientras vivas conmigo —dijo Abuelo.

—De acuerdo —dijo Tomás—. ¿Hay algún cuento sobre Melvin?

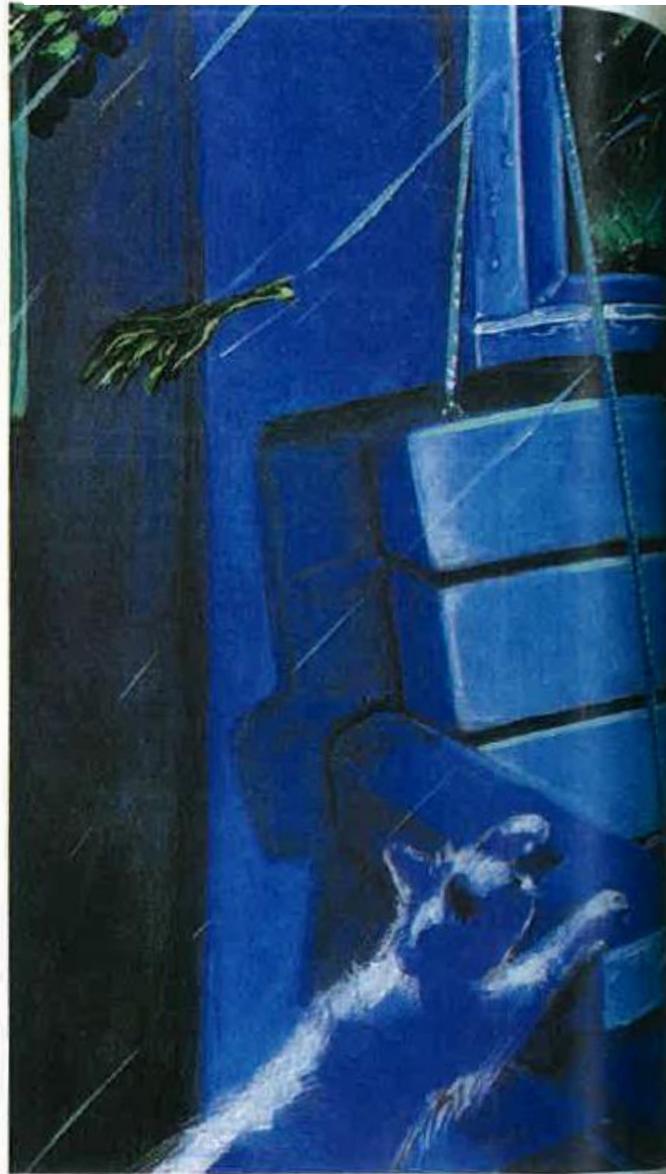
—Sí que lo hay. Uno muy bueno.

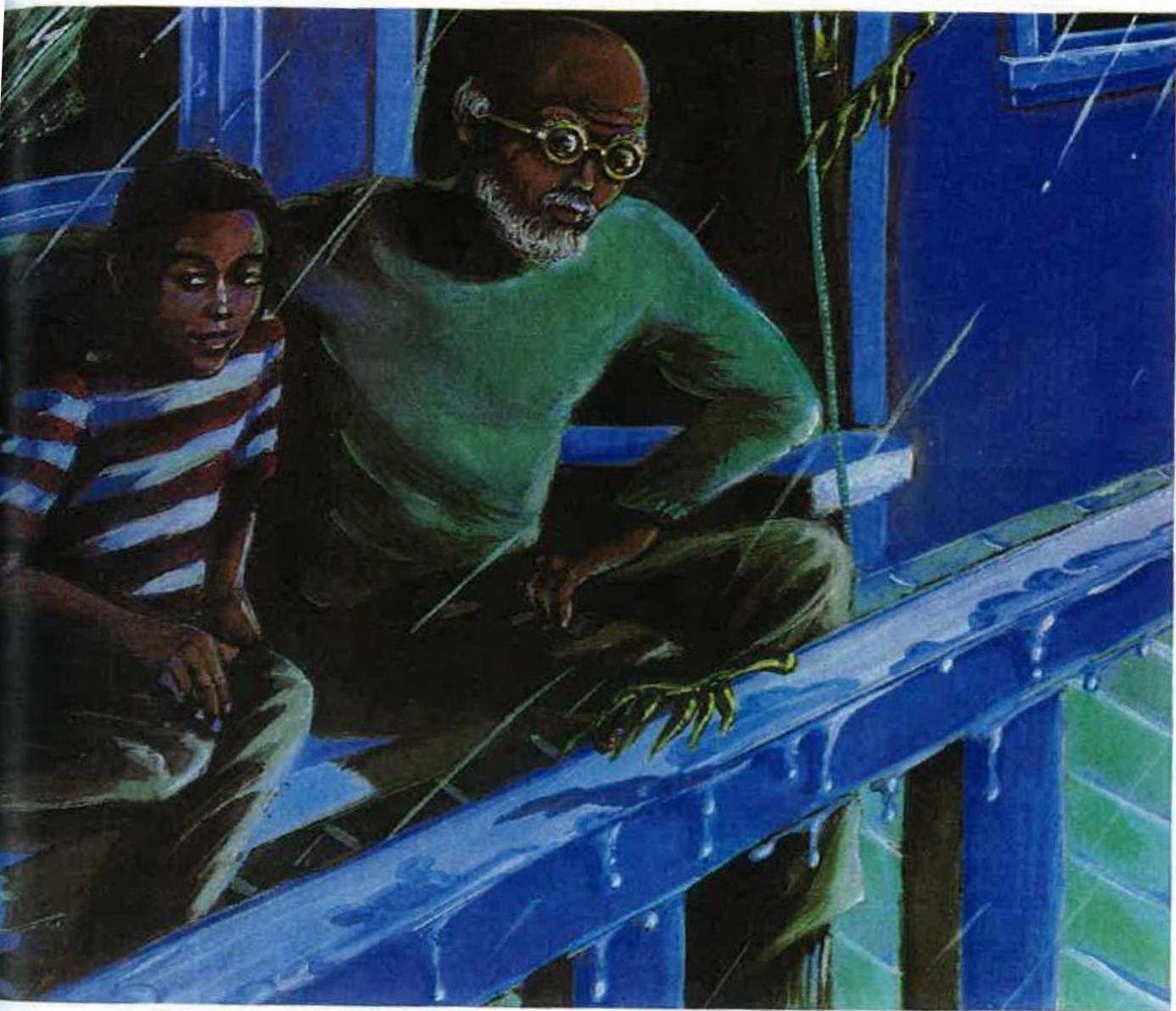
—Cuéntamelo —mandó Tomás—. Por favor, quiero decir.

—Bueno —dijo Abuelo—, cuando Melvin y yo éramos cachorros los dos, yo tenía tanto miedo a las tormentas como él.

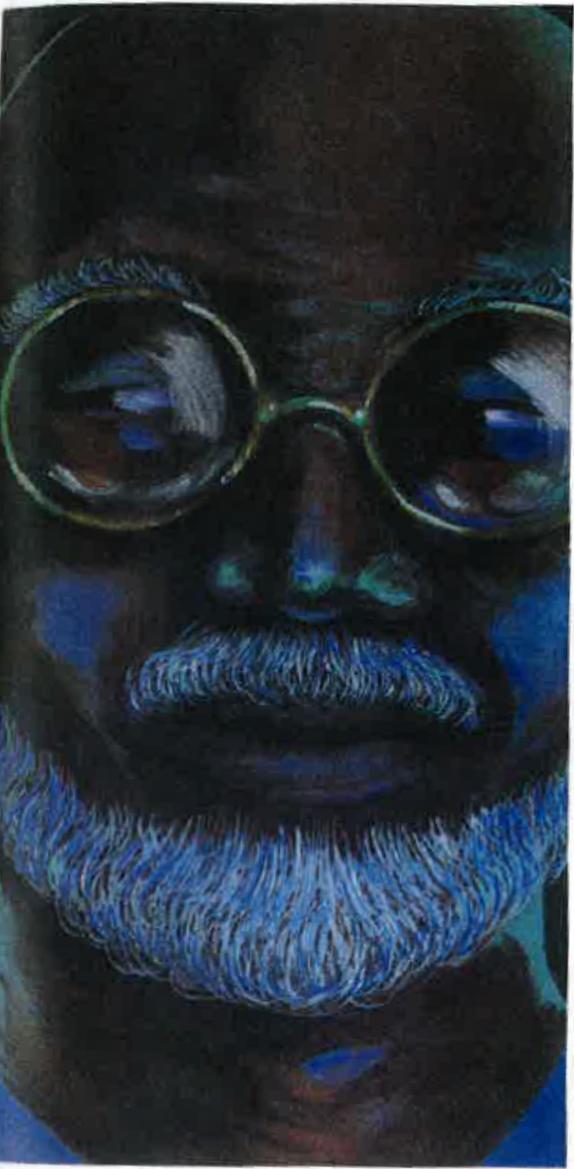
—¡No! —dijo Tomás.

—Sí —dijo Abuelo—. No todos podemos ser tan valientes como los tigres.









—Supongo que no —asintió Tomás.

—Así que allí estábamos los dos, escondidos debajo de una cama siempre que había una tormenta.

—Imagínalo... —dijo Tomás.

—Lo estoy haciendo —dijo Abuelo—. Bueno, hubo un día en el que Melvin estaba fuera haciendo cosas suyas y yo estaba haciendo mi tarea, cuando de repente, con sólo un estruendo de aviso... *llegó* el diluvio, *llegaron* los relámpagos y por todas partes nos rodearon los truenos.

—¡Ay! —dijo Tomás—. ¿Qué hiciste?

—Me tiré debajo de la cama.

—Y, ¿qué pasó con Melvin?

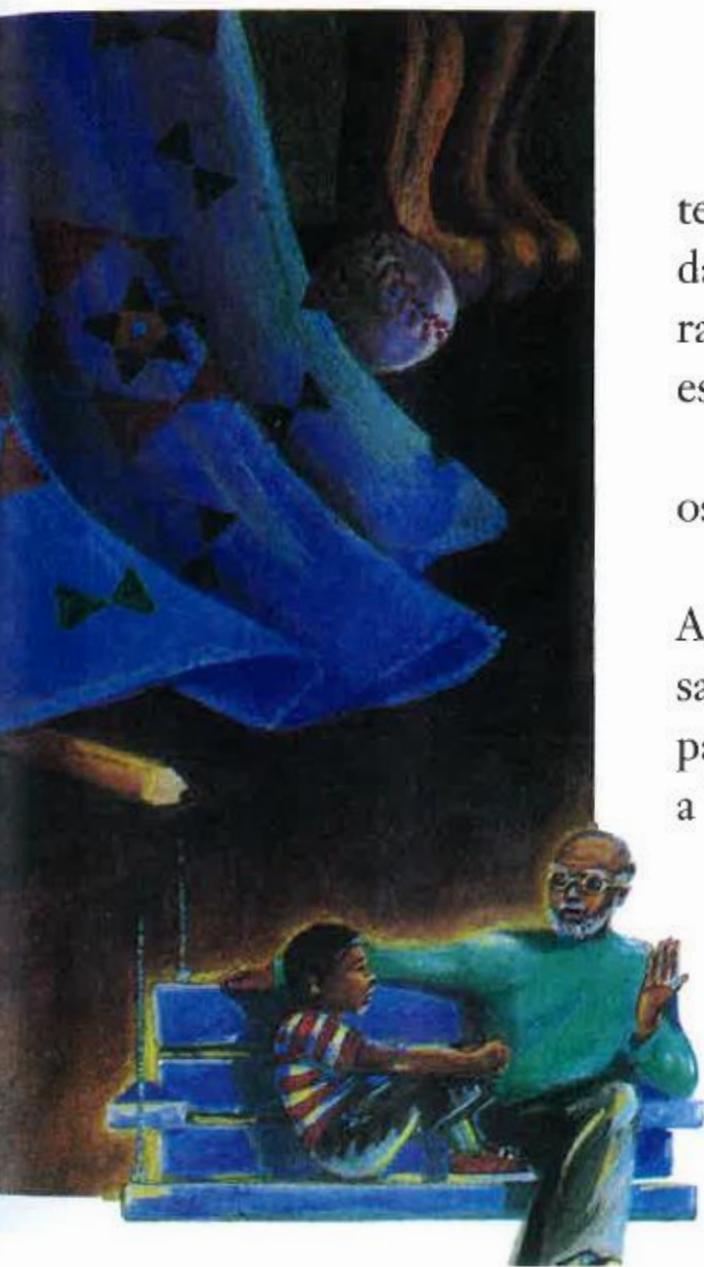
—A eso *voy* —dijo Abuelo—. Lo que pasó-con-Melvin es el *tema* del cuento.

—Ya veo —dijo Tomás—. Esto es muy emocionante.

—Bueno, lo fue entonces. ¿Vas a escucharme o a seguir interrumpiéndome?

—Creo que voy a escuchar —dijo Tomás.





—Bien. ¿Dónde estaba?

—Debajo de la cama.

—Así estaba yo. Bueno, allí me quedé temblando con cada estallido de trueno, y me da vergüenza reconocer que pasó un buen rato antes de recordar que mi pobre perrito estaba afuera solo en medio de la tormenta.

Tomás sacudió su cabeza en la oscuridad.

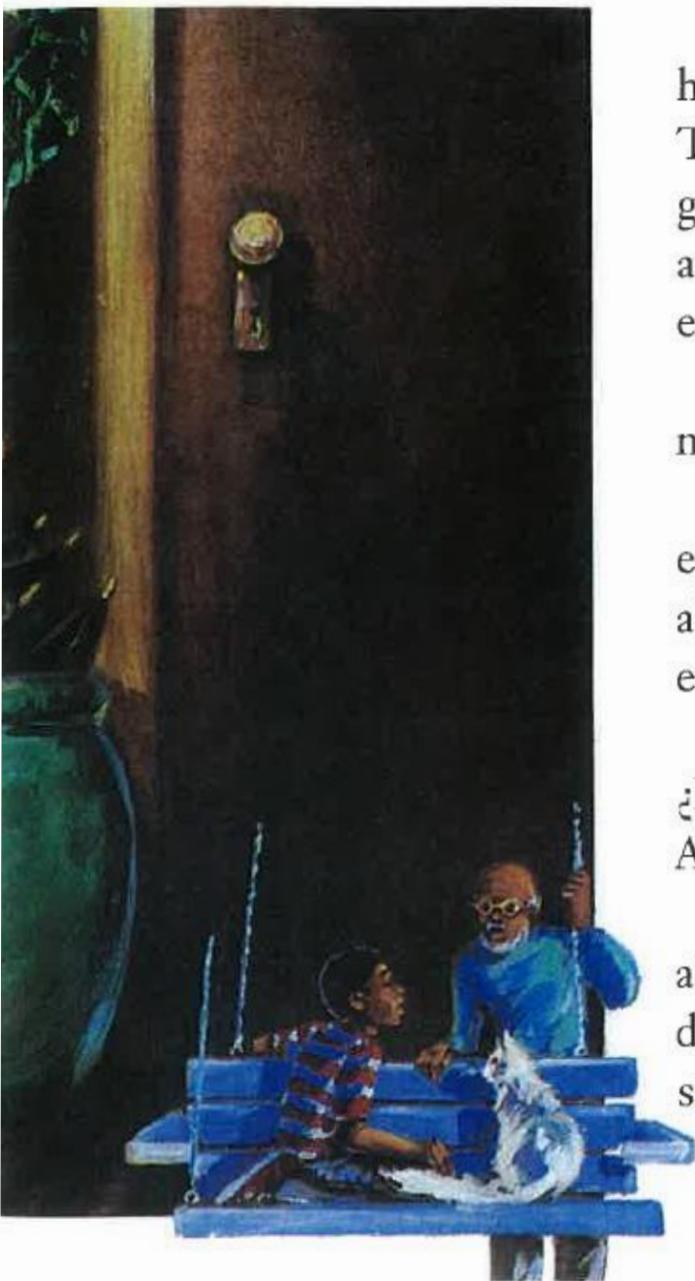
—Y cuando lo recordé —siguió Abuelo—, me fue difícilísimo obligarme a salir de debajo de la cama e ir a buscar a mi papá o a mi mamá para pedirles que salieran a buscar a Melvin para mí.

—¡Abuelo!

—Te dije que estaba asustado. El cuento que estás escuchando es cierto, y por lo tanto tengo que decir la verdad.

—Por supuesto —dijo Tomás con admiración porque su abuelo estaba contando una verdad como *ésta*—. ¿Los encontraste?





—No. Se habían ido por ahí una hora o así, pero se me había olvidado. Tomás, el miedo le hace cosas raras a la gente... les hace olvidar todo menos lo asustados que están. Tú no sabes nada de eso, ¿verdad?

Tomás acarició a su gato y no dijo nada.

—En fin —siguió Abuelo—, allí estaba yo, solo y asustado en la cocina, y allí estaba mi pobre perrito solo y asustado en medio de la tormenta.

—¿Qué *hiciste*? —preguntó Tomás—. ¿No lo *dejaste* allí afuera? ¿Verdad, Abuelo?

—Tomás, me puse mi impermeable, abrí la puerta de la cocina y salí al porche de atrás justo cuando un relámpago sacudió todo el cielo y el estallido de un





trueno corrió hacia abajo y un hombre muy grande *surgió* de entre la oscuridad ¡llevando a Melvin en sus brazos!

—¡Uuuh!

—Aquel hombre medía siete pies de alto y tenía una cara como una grieta de hielo.

—¡Abuelo! Dijiste que me estabas contando un cuento verdadero.

—Es verdad, porque es así como me pareció a mí.

Se quedó allí de pie, frunciendo el entrecejo y me dijo: —Hijo, ¿es éste tu perro? —y yo asentí con la cabeza porque estaba demasiado asustado para hablar. —Si no tienes más cuidado de él, no deberías tenerlo —dijo el hombre. Me echó a Melvin y se marchó furioso.

—Ay —dijo Tomás—. Eso no fue muy justo. Él no sabía que también estabas asustado. Quiero decir, Abuelo, ¿cuántos años tenías?

—Más o menos los tuyos.

—Bueno, alguna gente de mi edad se puede asustar bastante.

—Tú no, por supuesto.

Tomás no dijo nada.

—Más tarde —continuó Abuelo—, me di cuenta de que aquel hombre no medía siete pies, ni siquiera que era terrible. Él estaba preocupado por el cachorro y por eso no se había parado a pensar en mí.

—Bueno, yo creo que debería haberlo hecho.

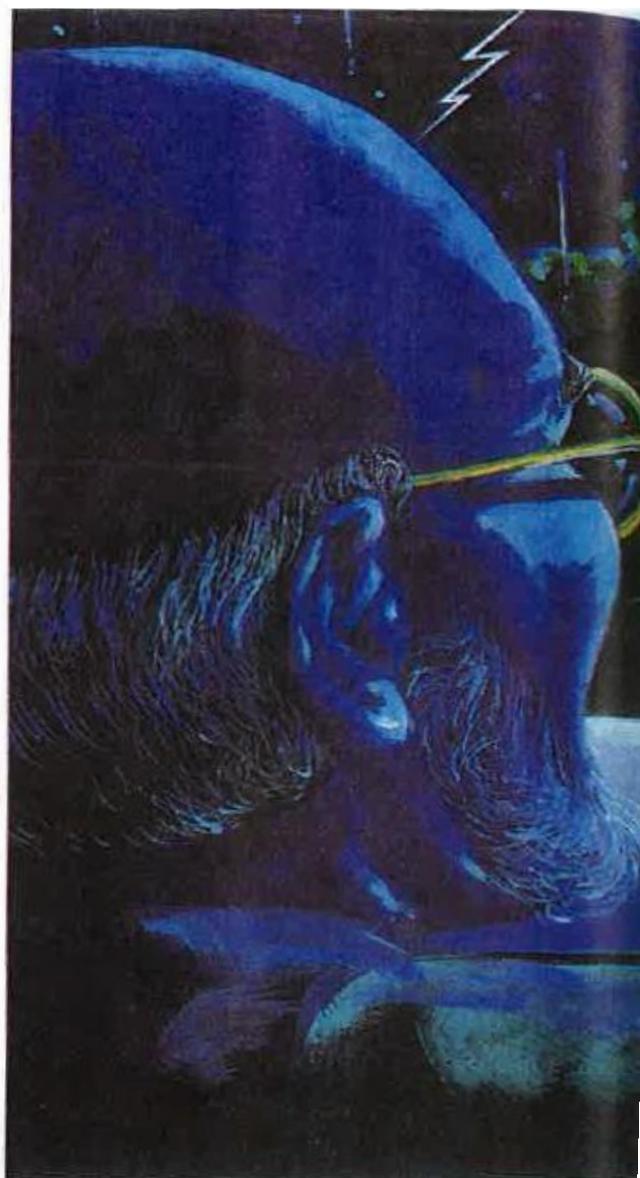
—Muchas veces la gente no hace lo que debe.

—¿Cuál es el final del cuento?

—Ay, pues lo que ya te imaginas —dijo Abuelo despreocupadamente—. Después de haber superado mi miedo lo suficiente como para olvidarme de mí mismo y pensar en Melvin, nunca más le tuve miedo a las tormentas.

—Ay, qué bien —dijo Tomás.

Durante un rato, se quedaron en silencio. Se había acabado la tormenta. Quedaban sólo parpadeos de relámpagos, murmullos de truenos y repiqueteo de lluvia.





—¿Cuándo va a volver la luz? —preguntó Tomás.

—Sabes lo mismo que yo —dijo Abuelo.

—Quizá no tengamos luz durante horas —dijo Tomás—. ¡Quizá no vuelva hasta *mañana!*

—Quizá.

—Quizá no vuelva *nunca*, y entonces ¿qué haremos?

—Se nos ocurrirá algo —dijo Abuelo.

—¿Abuelo?

—Sí, Tomás.

—Creo... Creo que si tú no hubieras estado aquí, y si Ringo no hubiera estado aquí, y si yo hubiera estado solo en la casa y hubiera habido una tormenta y se hubiera ido la luz durante mucho tiempo, como ahora... creo que quizá *entonces* me hubiera asustado un *poquito*.

—Es perfectamente normal —dijo Abuelo.

Tomás suspiró. Abuelo bostezó. Ringo saltó al suelo del porche y caminó de puntillas hacia el jardín, sacudiendo sus patas.

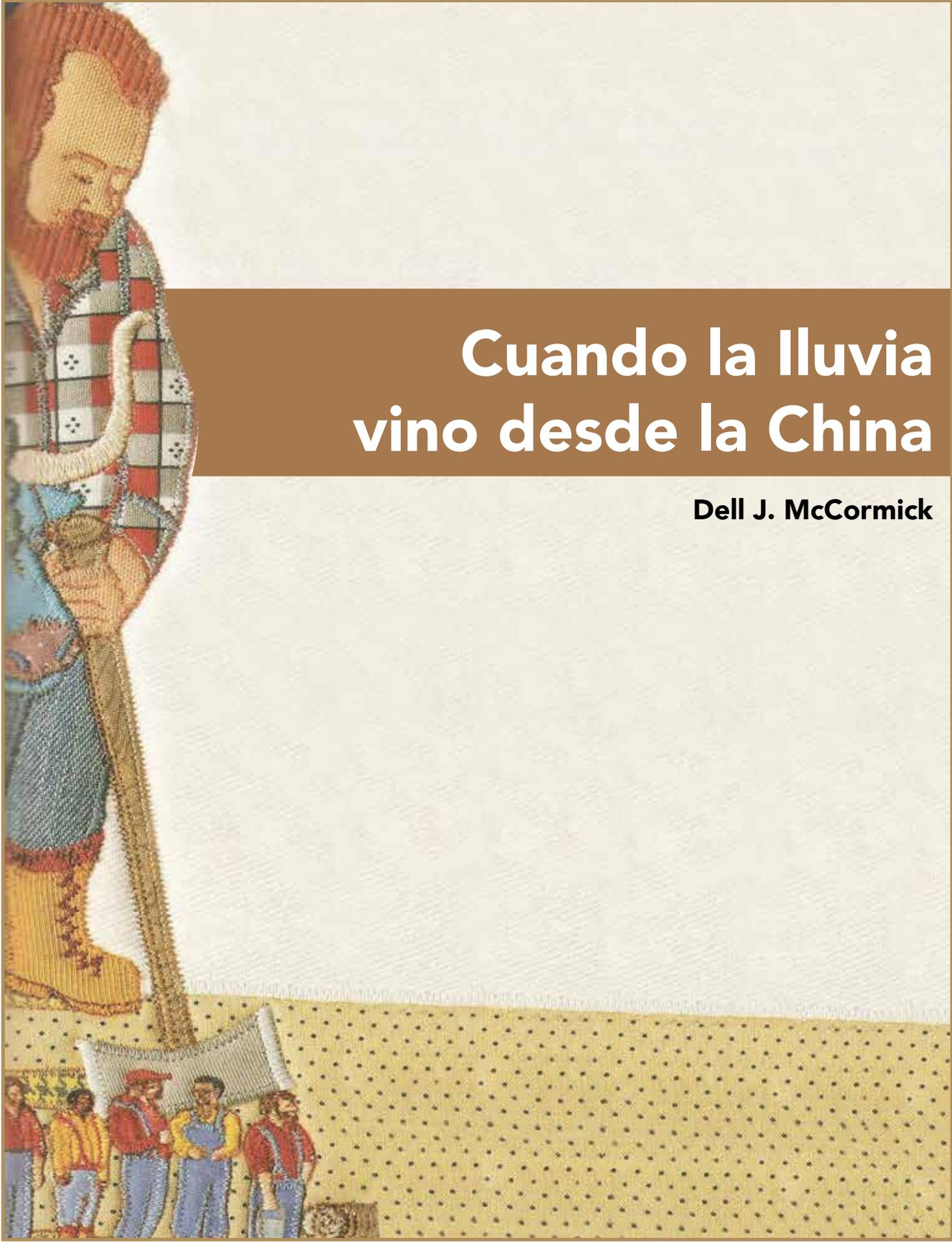




Al cabo de un rato, volvió la luz.

La apagaron, y se fueron a la cama.





# Cuando la lluvia vino desde la China

**Dell J. McCormick**



An embroidered illustration of Paul Bunyan, a large man with a red beard and hair, wearing a red and white checkered shirt and blue pants. He is holding a large white horn. The background is a light green and white checkered pattern.

# Cuando la lluvia vino desde la CHINA

por Dell J. McCormick

El año en que Paul Bunyan vino al Oeste, montó un gran campamento cerca de la desembocadura del río Columbia. Es probable que fuera el mayor campamento maderero que existió en la costa oeste. Los barracones se extendían en hileras de varios kilómetros en todas las direcciones, y cada uno estaba lleno de literas de cinco niveles.

La hora de la comida era un lío con tantas personas que alimentar. Lalo fabricó una sopera gigante que ocupaba cinco acres y medio, y mandó a traer un barco de vapor del Mississippi. Era todo un espectáculo ver el barco revolviendo la sopa de verduras para la cena, con el fuego ardiendo alegremente por debajo. Un día cayó dentro una junta de bueyes, pero Sam el Cocinilla ni se inmutó. Se limitó a poner en el menú que esa noche se cenaba "caldo con carne", y todo el mundo quedó encantado con el resultado.

Los camareros iban en patines, pero las mesas eran tan largas que éstos desgastaban dos y hasta tres pares de patines sólo con las



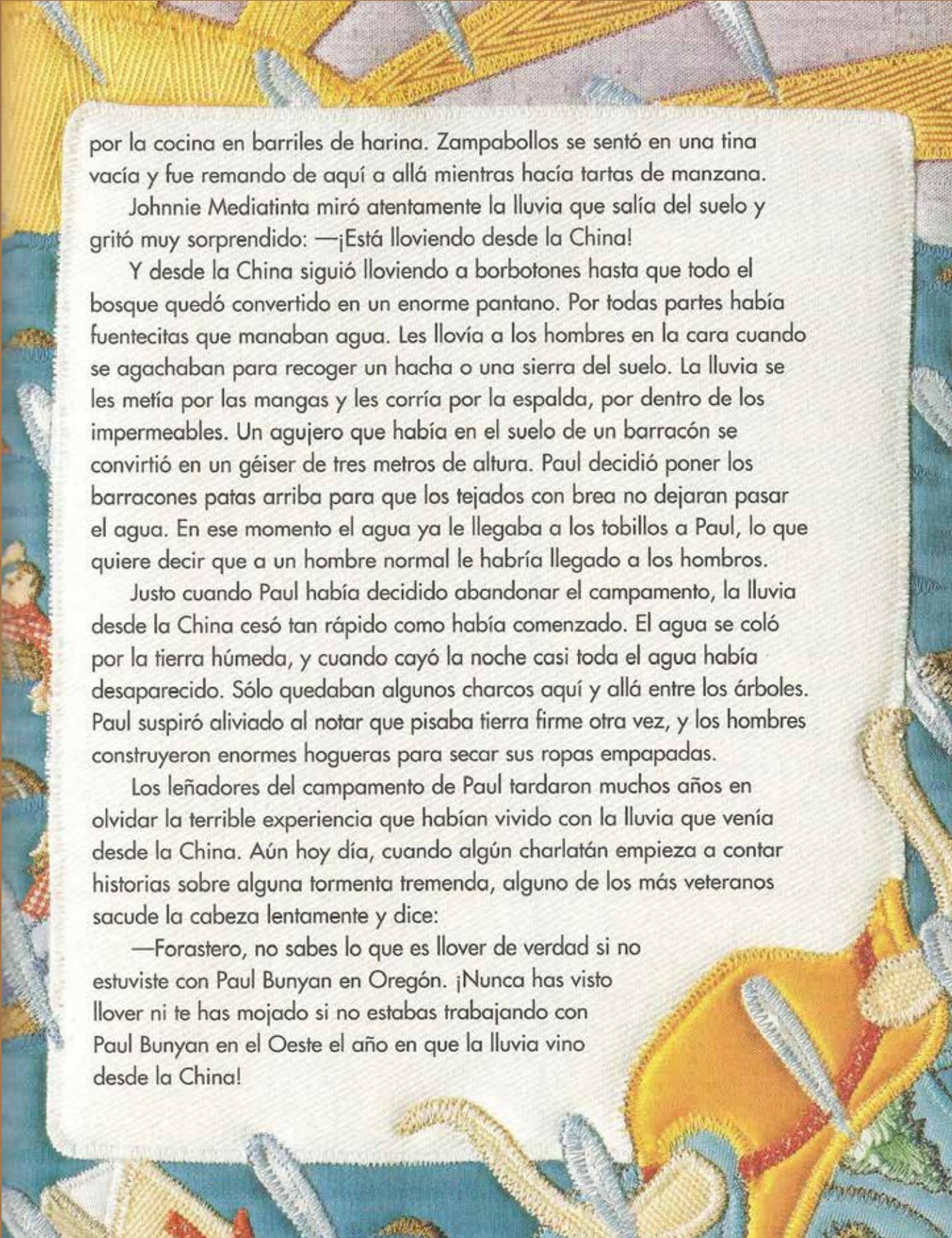
idas y venidas para servir el café. Periquito, el chico de los recados, empujaba la carreta de la sal y la pimienta. Normalmente recorría la mesa hasta el final, pasaba la noche en el otro extremo, y volvía al día siguiente a la cocina para buscar más. Tomaba tanto tiempo sentar a todos los hombres a la mesa, que algunos casi se morían de hambre esperando su turno. Paul no tuvo más remedio que construir unos mostradores al aire libre, para que los hombres que hacían cola pudieran comer algo ligero mientras esperaban.

Paul pensaba que el invierno iba a ser húmedo en aquella tierra de abetos, pero pasaban los meses y no caía ni una gota. Mandó a cubrir los tejados de los barracones con gruesos papeles con brea para que no entrara el agua. Repartió impermeables entre los hombres, para que se los pusieran encima de las chaquetas, y a Bebé, el buey azul, le dieron una lona para él solito. La lona estaba hecha con el material de la tienda más grande del circo de Barnum y Bailey, y le quedaba estupendamente, aunque quizás un poco corta por las rodillas.

Cuando menos lo esperaban, empezó a llover, y era la lluvia más extraña que jamás se había visto. En lugar de llover desde arriba, llovía desde abajo. El agua salía de la tierra a borbotones, ni más ni menos. La lluvia llenaba las botas de los hombres, se les metía por las mangas, les subía por los pantalones sin que pudieran hacer nada para evitarlo. ¡No había escapatoria! Naturalmente, los impermeables, las lonas y los tejados con brea de los barracones no servían para nada, porque la lluvia venía desde el suelo.

Se coló por los suelos de los barracones e inundó la cocina. Los hombres se subían a las literas más altas tratando de escapar, y navegaban de una litera a otra en balsas caseras. Aquella noche, Sam el Cocinilla y su ayudante, Cara de Fideo, prepararon la cena flotando





por la cocina en barriles de harina. Zampabollos se sentó en una tina vacía y fue remando de aquí a allá mientras hacía tartas de manzana.

Johnnie Mediatinta miró atentamente la lluvia que salía del suelo y gritó muy sorprendido: —¡Está lloviendo desde la China!

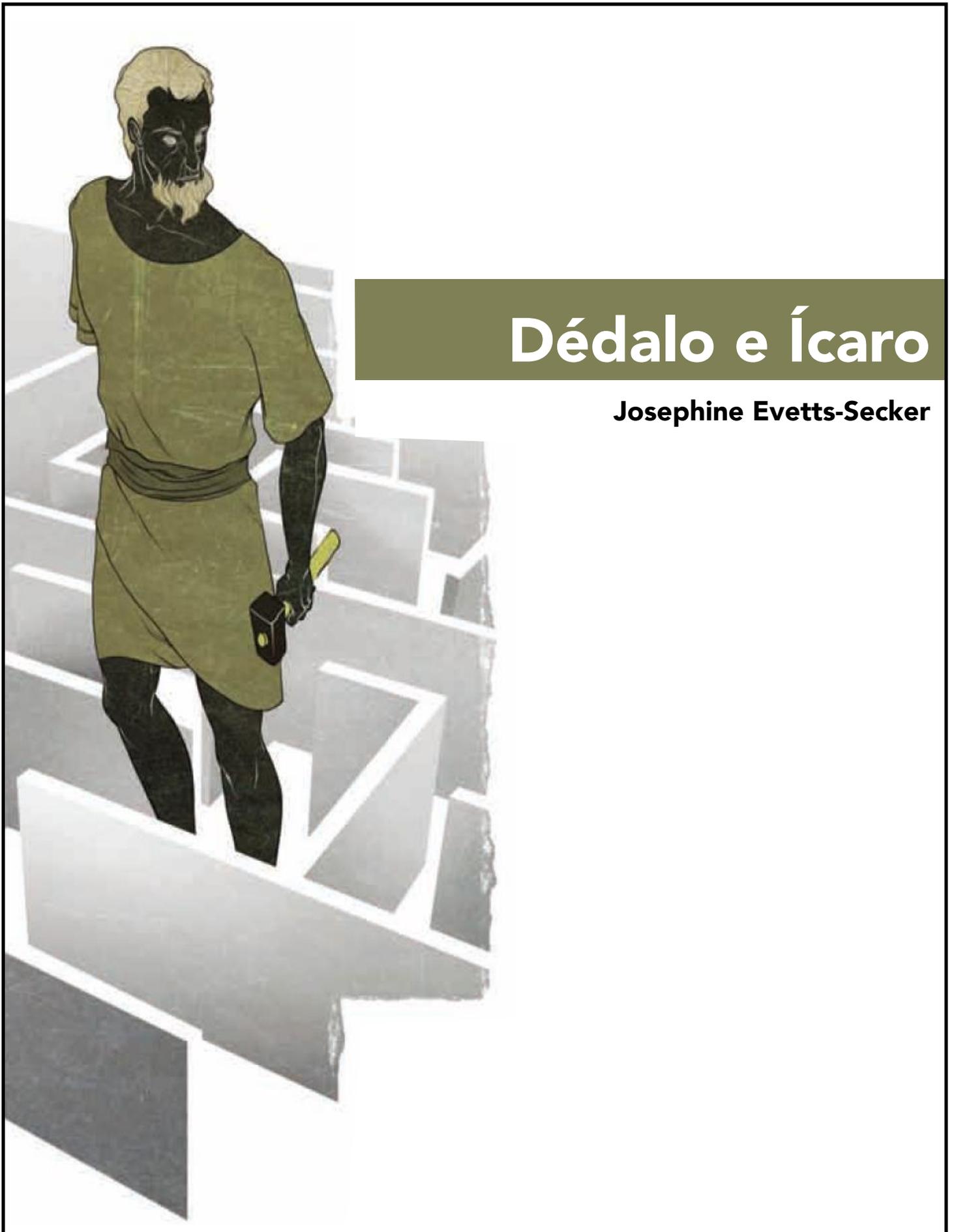
Y desde la China siguió lloviendo a borbotones hasta que todo el bosque quedó convertido en un enorme pantano. Por todas partes había fuentecitas que manaban agua. Les llovía a los hombres en la cara cuando se agachaban para recoger un hacha o una sierra del suelo. La lluvia se les metía por las mangas y les corría por la espalda, por dentro de los impermeables. Un agujero que había en el suelo de un barracón se convirtió en un géiser de tres metros de altura. Paul decidió poner los barracones patas arriba para que los tejados con brea no dejaran pasar el agua. En ese momento el agua ya le llegaba a los tobillos a Paul, lo que quiere decir que a un hombre normal le habría llegado a los hombros.

Justo cuando Paul había decidido abandonar el campamento, la lluvia desde la China cesó tan rápido como había comenzado. El agua se coló por la tierra húmeda, y cuando cayó la noche casi toda el agua había desaparecido. Sólo quedaban algunos charcos aquí y allá entre los árboles. Paul suspiró aliviado al notar que pisaba tierra firme otra vez, y los hombres construyeron enormes hogueras para secar sus ropas empapadas.

Los leñadores del campamento de Paul tardaron muchos años en olvidar la terrible experiencia que habían vivido con la lluvia que venía desde la China. Aún hoy día, cuando algún charlatán empieza a contar historias sobre alguna tormenta tremenda, alguno de los más veteranos sacude la cabeza lentamente y dice:

—Forastero, no sabes lo que es llover de verdad si no estuviste con Paul Bunyan en Oregón. ¡Nunca has visto llover ni te has mojado si no estabas trabajando con Paul Bunyan en el Oeste el año en que la lluvia vino desde la China!





# Dédalo e Ícaro

**Josephine Evetts-Secker**

# Dédalo e Ícaro

★ TEXTO: Josephine Evetts-Secker, adaptación / ILUSTRACIÓN: León Braojos

En tiempos remotos, vivía en la antigua Grecia un hombre muy sabio llamado Dédalo que era un famoso escultor, carpintero e ingeniero. Todos los que veían sus inventos se quedaban asombrados y su fama no tardó en extenderse por el mar Mediterráneo, desde Atenas, su ciudad natal, hasta la isla de Creta. En aquellos tiempos, Creta era un reino extremadamente rico y poderoso, con muchas islas más pequeñas del Mediterráneo bajo su control. Estaba gobernada por el rey Minos y la reina Pasifae, unos monarcas muy poderosos que residían en un palacio en la ciudad de Knosos. Cuando Minos oyó hablar de Dédalo, le envió una invitación para que acudiera a trabajar en Creta. Minos quería que construyese un inmenso laberinto para encerrar a un extraño monstruo, con cabeza de toro y cuerpo de hombre, que la reina había concebido. Los monarcas se avergonzaban de aquella criatura, el Minotauro. Le tenían miedo y querían ocultarla.

Dédalo llegó con su hijo, Ícaro, y se puso manos a la obra para proyectar una intrincada estructura de senderos que volvían sobre sus pasos y cambiaban inesperadamente de dirección. En el centro del laberinto dejó espacio suficiente para que el Minotauro corriera libremente.





Minos se mostró muy complacido: “¡Qué maravillosa es tu creación, Dédalo! —exclamó—. Sin duda eres el mejor ingeniero de toda Grecia. Nadie más podría haber concebido un laberinto tan extraordinario. Debes quedarte aquí para siempre y trabajar para mí. ¡Te harás famoso, amigo mío!”

No obstante, aunque la vida en el palacio de Minos y Pasifae les ofrecía todas las comodidades, y aunque tenían todo lo que necesitaban, Dédalo e Ícaro pronto empezaron a sentirse como en una cárcel. Pues Minos era consciente de que sólo Dédalo sabía cómo llegar al centro del laberinto y no quería que un secreto tan importante traspasara las fronteras de su isla. Para que Dédalo estuviera contento, le dio un magnífico taller y le ofreció cuantos aprendices necesitara. Incluso le dijo que era libre para hacer todo lo que deseara su corazón. Pero en cuanto terminó de construir el laberinto, Dédalo dejó de disfrutar con su trabajo. En lugar de ello, empezó a soñar con regresar a la ciudad que había dejado atrás.

“¿Recuerdas las calles de Atenas, hijo mío? —decía a Ícaro—. Qué ciudad tan espléndida, con sus hermosos edificios y jardines. Una ciudad que complace a todos los dioses, pero en especial a Palas Atenea, hija de Zeus. Cuánto anhelo volver a entrar en sus templos”.

Ícaro sólo guardaba un vago recuerdo de la ciudad, pero le encantaba escuchar los relatos de su padre. “Habládmeme de Atenas”, decía mientras contemplaban la puesta de sol y las aves marinas los sobrevolaban. Alejada de ellos por la inmensidad del mar, Atenas parecía muy lejana.

A medida que transcurrían los días, el deseo de Dédalo de regresar a su patria fue en aumento y su anhelo arrastró también a su hijo. Pero Minos no les daba permiso para abandonar la isla y ellos pasaban los días a orillas del mar, viendo a los barcos entrar y salir del puerto de Heraclea.

“¡Ojalá fuéramos pájaros! —exclamó Ícaro—. ¡Entonces seríamos libres y podríamos ir adonde quisiéramos! ¡Podríamos regresar a Atenas volando!”

De repente, la fantasía de Ícaro se apoderó de su padre. “¡Eso es, Ícaro! ¡Exacto! Debemos aprender de los pájaros”.

La idea se adueñó de él y Dédalo dedicó a ella todas las horas del día, apenas dirigiendo la palabra a Ícaro, quien lo seguía por la orilla del mar, recogiendo conchas y alguna que otra pluma de pájaro. Dédalo murmuró para sí, luego hizo un gesto con los brazos y dijo a Ícaro: “Recoge cuantas plumas puedas, pequeñas y grandes, y tráemelas... Y no gastemos ninguna de las velas que tenemos”.





Ícaro supo al fin lo que su padre estaba planeando. Juntos dispusieron las plumas en forma de alas, ordenándolas por tamaños. Cuando tuvieron suficientes para hacer dos pares de alas, las fijaron con la cera de las velas y añadieron las correas de sus sandalias para poder atárselas. Ícaro compartía el entusiasmo de su padre y se sentía útil cada vez que recogía un montón de plumas. Al fin lo tuvieron todo listo. Ante ellos había cuatro resplandecientes alas blancas, con una estructura más intrincada que los serpenteantes senderos del laberinto. Conteniendo la respiración Ícaro esperó a que su padre le atara su par de alas a los brazos y los hombros. “¡Cómo pesan, padre!”, exclamó cuando las tuvo bien sujetas.

Dédalo pareció preocupado durante unos instantes, pero luego le respondió en tono tranquilizador: “En cuanto alces el vuelo, no notarás el peso, hijo mío. Los vientos te llevarán y te sentirás tan liviano como las plumas que me trajiste”.

Ícaro ató al robusto cuerpo de su padre su par de alas, aún más grandes que las suyas, y los dos se asomaron al borde de un acantilado, mirándose nerviosamente y contemplando el abismo que se abría ante ellos. “Debemos darnos prisa —dijo Dédalo—, porque los hombres del puerto pueden vernos e intentar detenernos. Pero quiero hacerte unas advertencias, Ícaro, antes de que saltemos al vacío. Recuerda lo que tantas veces te he dicho. Haz lo que haga yo. Sígueme. No te alejes de mí. El sol derretirá tus alas si vuelas demasiado alto y quedas atrapado por el intenso calor de Apolo. Y si vuelas demasiado bajo, las pesadas aguas del océano de Poseidón empaparán tus alas y te arrastrarán al fondo del mar. ¿Oyes lo que estoy diciendo, hijo mío?”.



“Sí, padre”, susurró Ícaro. De repente, notó que el terror se apoderaba de él. Primero miró al vacío que se abría entre ellos y las rocas de la playa. Luego contempló el inmenso cielo azul y el sol, brillante y abrasador. “Te seguiré padre, y haré lo que tú hagas”.

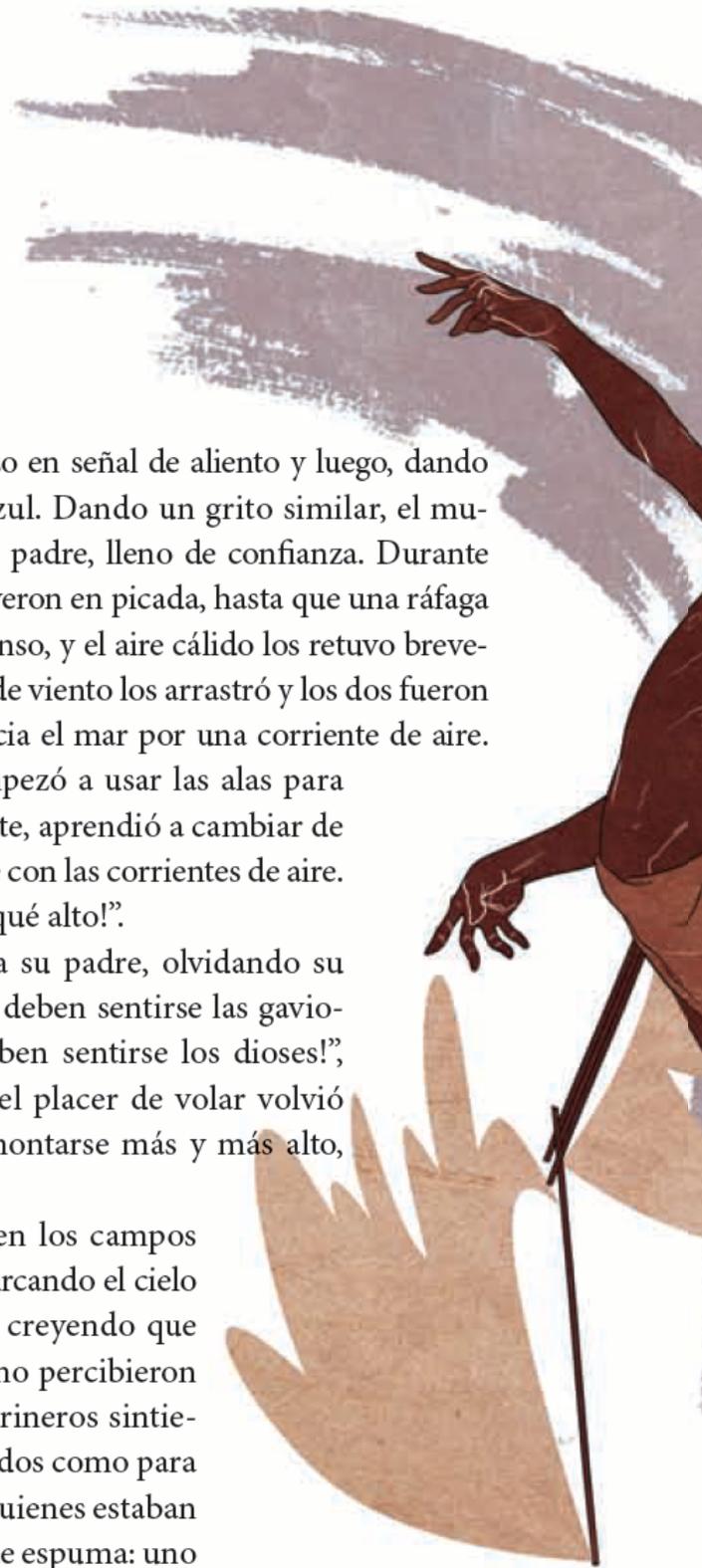


Dédalo le tocó el brazo en señal de aliento y luego, dando un grito, saltó al vacío azul. Dando un grito similar, el muchacho saltó detrás de su padre, lleno de confianza. Durante unos instantes, los dos cayeron en picada, hasta que una ráfaga de viento detuvo su descenso, y el aire cálido los retuvo brevemente. Luego otra ráfaga de viento los arrastró y los dos fueron llevados con suavidad hacia el mar por una corriente de aire.

Ícaro se entusiasmó cuando empezó a usar las alas para desplazarse por el aire. Gradualmente, aprendió a cambiar de dirección y a descender y remontarse con las corrientes de aire. “¡Qué de prisa vuelo! —gritó—. ¡Y qué alto!”.

Ahora ya se había adelantado a su padre, olvidando su promesa de seguirlo. “¡Así es como deben sentirse las gaviotas! —exclamó—. ¡Así es como deben sentirse los dioses!”; pensó, con repentino temor. Pero el placer de volar volvió a apoderarse de él y empezó a remontarse más y más alto, frenéticamente.

Los agricultores que estaban trabajando en los campos cercanos al mar vieron dos pájaros inmensos surcando el cielo y se sorprendieron. Algunos sintieron terror, creyendo que eran dioses. Otros, concentrados en el arado, no percibieron nada extraordinario. En alta mar, algunos marineros sintieron curiosidad, otros estaban demasiado cansados como para sorprenderse por nada. Entonces, de repente, quienes estaban observándolos, vieron sobre el mar una nube de espuma: uno de aquellos pájaros inmensos había caído del cielo.





Dédalo llevaba un buen rato llamando a su hijo, intentando refrenar su ímpetu. Pero los vientos se habían llevado sus advertencias cada vez más lejos hasta desaparecer en la inmensidad de los cielos. Ícaro no había oído nada y se había elevado cada vez más, surcando temerariamente el cielo lleno de júbilo. Ni siquiera había notado que la cera caliente estaba deritiéndosele en los brazos y la espalda. No se dio cuenta hasta que empezó a caer en picada hacia las profundas aguas del mar. Entonces gritó de terror. Pero todo sucedió demasiado de prisa...

Dédalo aún seguía volando detrás de Ícaro y pudo ver cómo su querido hijo se precipitaba en las oscuras aguas del mar, como un pájaro que ha sido alcanzado por una resortera. Volvió a gritar, pero el viento se llevó sus palabras. Dédalo supo que no podía detenerse. Con el corazón roto, siguió volando hasta las costas de la isla más cercana. Allí, se quitó las alas y contempló el mar. Su hijo no se veía por ninguna parte. Abrumado por el dolor, ¿qué otra cosa podía hacer sino derramar amargas lágrimas por el hijo que había perdido?

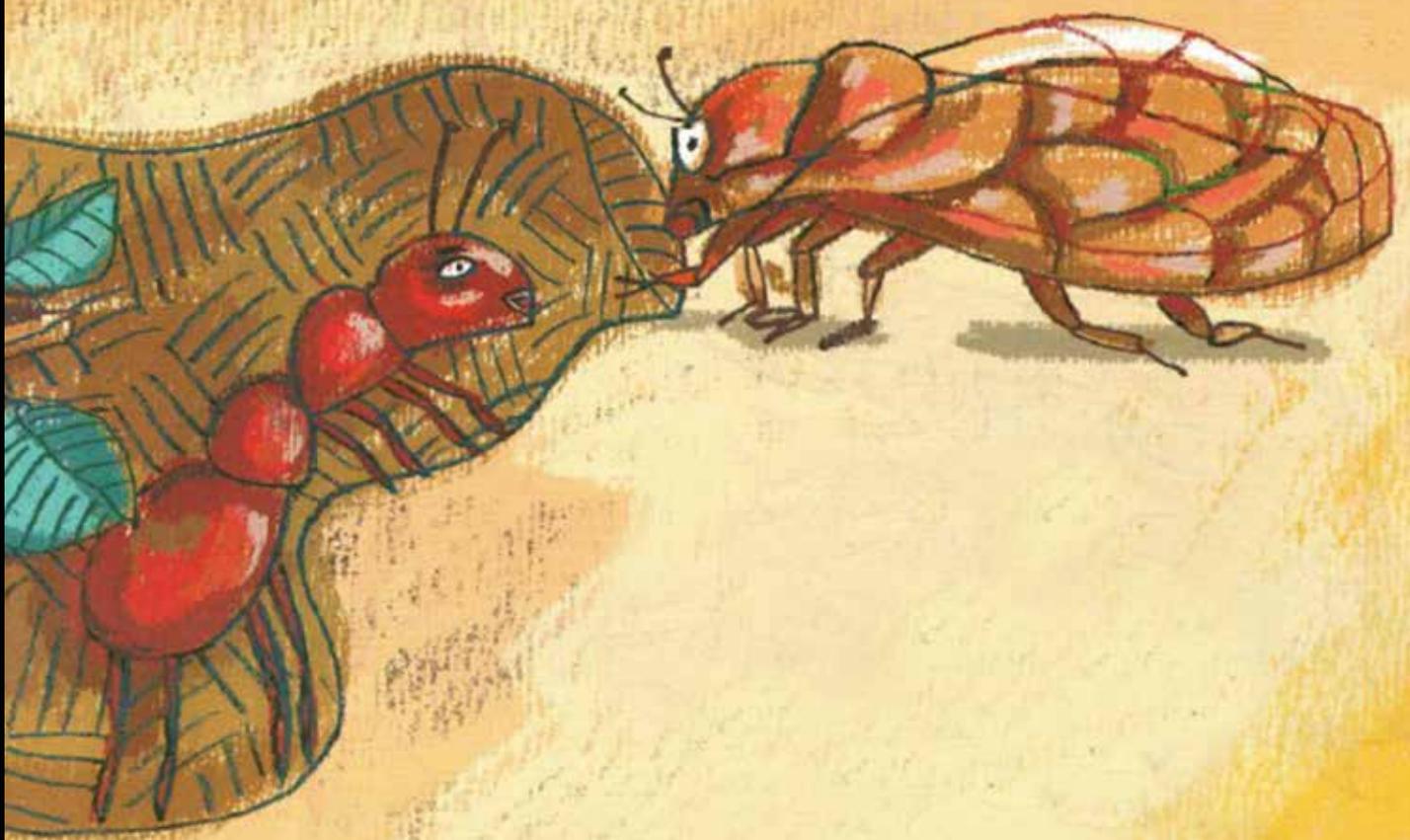
Y desde aquel día el mar donde cayó el pobre Ícaro lleva su nombre: el mar Icaro.

Lee *Animales fabulosos* y deja volar tu imaginación.  
Búscalo en tu Biblioteca Escolar.



# La Cigarra y la Hormiga

Esopo



# La Cigarra y la Hormiga

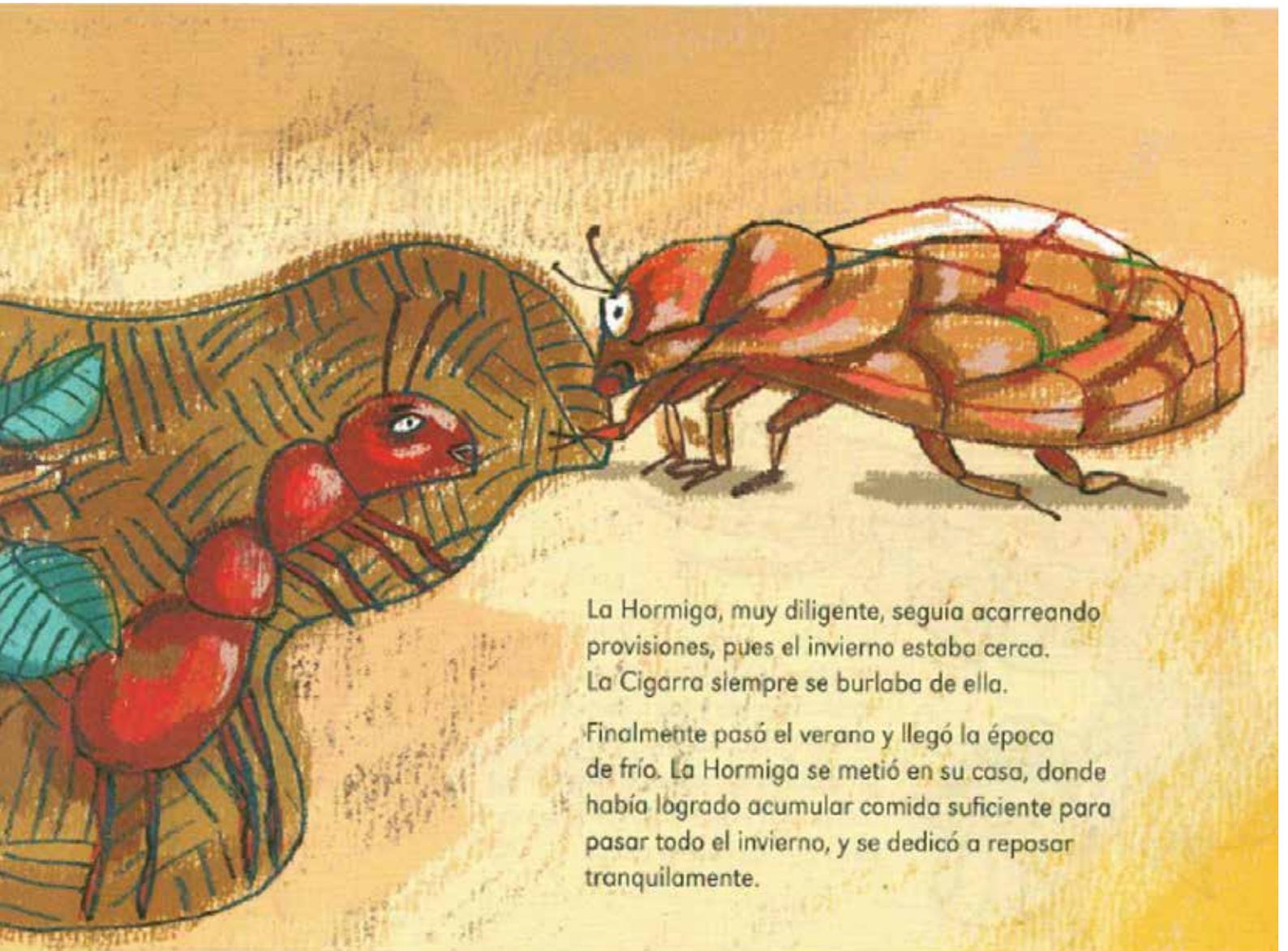
■ TEXTO: Esopo, adaptación / ILUSTRACIÓN: Julián Cicero

En cierto verano, una Cigarra se encontraba debajo de un árbol. Ella solamente quería tirarse al sol; no trabajaba y se dedicaba únicamente a cantar.

Un día, pasó por ahí una Hormiga que llevaba a cuestas un enorme grano de trigo para almacenarlo en su hormiguero.

La Cigarra se burló de ella diciendo: —¡Pobre hormiguita! ¿Adónde vas con tanto peso? Me dan risa las hormigas, sólo saben trabajar.





La Hormiga, muy diligente, seguía acarreado provisiones, pues el invierno estaba cerca. La Cigarra siempre se burlaba de ella.

Finalmente pasó el verano y llegó la época de frío. La Hormiga se metió en su casa, donde había logrado acumular comida suficiente para pasar todo el invierno, y se dedicó a reposar tranquilamente.

La Cigarra se encontró sin alimento cuando comenzó a soplar el cierzo. Temblaba de frío y no sabía qué haría para sobrevivir hasta que regresara el calor.



Entonces, se acordó de que la Hormiga tenía mucha comida y fue a llamar a su puerta: —Hormiguita, ábreme, sé que tienes provisiones de sobra. Préstame algo para que pueda sobrevivir este invierno. Te lo devolveré en cuanto pueda.



La Hormiga se negó a hacer el papel de prestamista:

—Querida Cigarra, no puedo darte lo que conseguí con tanto esfuerzo. Trabajé todo el verano para juntar comida suficiente. ¿Tú qué estuviste haciendo todo este tiempo?

—Eso ya lo sabes —respondió apenada la Cigarra—. Me dediqué a cantar sin cesar.



—¿Ah, sí? Pues ahora puedes dedicarte a bailar hasta que llegue el verano —dijo la Hormiga con tono de burla, cerrando la puerta bruscamente.

Por eso es importante recordar que no debemos ser holgazanes como la Cigarra, pero tampoco debemos burlarnos de las personas, como la Hormiga.

Lee otras historias parecidas en *Fábulas*.  
Para leer en voz alta, una antología de las fábulas clásicas, pensada para que los padres y maestros lean a los niños en voz alta.  
Búscalo en tu Biblioteca Escolar.



# Instrumentos meteorológicos



# ¿Qué información nos da el termómetro?

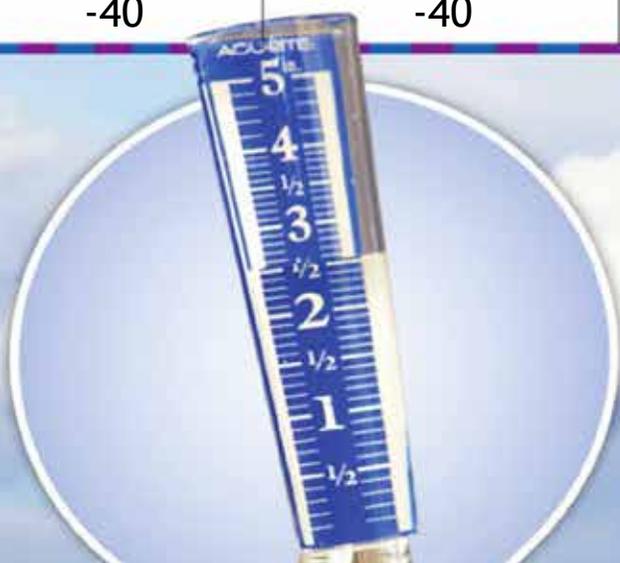
La temperatura se mide en dos escalas diferentes. En los Estados Unidos, la temperatura se mide en la escala Fahrenheit. Los habitantes de los países en los que se utiliza el sistema métrico emplean la escala Celsius para medir la temperatura. En la tabla siguiente, observa cómo cambian las cifras según la escala que se utilice para medir la temperatura.



*higrómetro*

## Temperaturas típicas

Celsius (°C)	Fahrenheit (°F)	Explicación
100	212	Punto de ebullición del agua
40	104	El agua para bañarse está caliente.
37	98.6	Temperatura corporal
30	86	Buen tiempo para ir a la playa
21	70	Temperatura ambiental
10	50	Temperatura agradable
0	32	Punto de congelación del agua
-18	0	Temperatura muy fría
-40	-40	Temperatura fría en extremo



*pluviómetro*

# INSTRUMENTOS METEOROLÓGICOS

Los científicos utilizan varios instrumentos para medir y describir el estado del tiempo. Dichos instrumentos también les ayudan a predecir las condiciones climáticas.

El anemómetro mide la velocidad del viento, y la veleta indica la dirección de éste. Tanto la velocidad del viento como su dirección afectan el estado del tiempo.

Los científicos utilizan el higrómetro para saber el porcentaje de la cantidad de vapor de agua presente en el aire. La cantidad de vapor de agua existente en el aire es la humedad relativa del aire. Dicha humedad es baja cuando el aire es seco, y es alta cuando hay más vapor de agua en el aire.

El pluviómetro también mide el agua. Este instrumento meteorológico mide la cantidad de agua que ha caído en la zona donde esté colocado.

Los científicos miden la presión atmosférica con el instrumento llamado barómetro. Los cambios de presión atmosférica predicen el estado del tiempo que habrá dentro de poco. La baja presión atmosférica indica que habrá nubosidad o que lloverá. La alta presión atmosférica indica que el día estará soleado y que los cielos estarán despejados.



barómetro

veleta

anemómetro



# LOS MEJORES APARATOS PARA MEDIR EL CLIMA

Seguro que has visto alguna vez en la televisión al hombre o la mujer del tiempo, informando de la previsión de días futuros respecto a lluvias, viento, nubes, entre muchos otros. Para que puedas conocer cómo se mide el clima, te mostraremos algunos de los aparatos para medir el clima más curiosos que utilizan los meteorólogos para sacar sus datos y conclusiones.

Se trata de instrumentos de medición muy precisos, que han necesitado años de investigación y desarrollo hasta poder ser lo que son a día de hoy, ayudándonos a predecir los cambios de tiempo y poder prepararnos a la hora de viajar a otra ciudad, otro país o de vacaciones a la playa. Gracias a estos aparatos para medir el clima, también se han salvado miles de vidas, al poder conocer con antelación la llegada de huracanes o grandes tormentas a algunas ciudades.



## NEFOSCOPIO

Este instrumento, que se utiliza para calcular la dirección y la velocidad a la que se mueven las nubes, consiste en un espejo y una brújula con los que se mide la dirección hacia la que se desplazan estos cúmulos de vapor de agua. Para medir la velocidad a la que viajan, se calcula el tiempo que tarda en pasar una nube desde un punto a otro del nefoscopio.

Actualmente se encuentra prácticamente fuera de uso, ya que, con la llegada de la tecnología y las mediciones a través de rayos láser, los cálculos se pueden realizar en milésimas de segundo.

## ANEMÓMETRO

El anemómetro se encarga de medir la dirección y la velocidad del viento en una zona. Gracias a las tres especies de cucharas colocadas sobre su eje, este aparato para medir el clima varía según la velocidad a la que gire el eje, empujado por las cucharas anteriormente indicadas. Tras realizar los cálculos pertinentes, este aparato envía los datos a un ordenador que muestra la velocidad del viento en millas o kilómetros por hora, según el país en el que nos encontremos.





## HIGRÓMETRO

Es el encargado de **medir la humedad del aire**, gracias a un psicómetro de honda que calcula, mediante una pequeña esponja que posee, la cantidad de agua que hay en el ambiente. Según la cantidad de humedad que pueda absorber su esponja o bulbo, el higrómetro calcula el porcentaje de humedad que haya en el aire; los porcentajes se acercan al 0% en días secos y calurosos, y al 100% en días lluviosos o nublados.

## PLUVIÓMETRO

Gracias al depósito que tiene, el pluviómetro recoge el agua que cae en plena lluvia hasta que se llena su cilindro, el que tiene una capacidad de aproximadamente 20 centímetros. Este aparato indica en litros o mililitros la cantidad de agua que haya caído por metro cuadrado. Existen otros pluviómetros que funcionan basados en el peso. Así **calculan los gramos de agua que hayan entrado en el cilindro** y los expresan en centímetros cúbicos.



## PRESIÓN ATMOSFÉRICA

La presión atmosférica es el peso de la masa de aire por cada unidad de superficie. Por este motivo, la presión suele ser mayor a nivel del mar que en las cumbres de las montañas, aunque no depende únicamente de la altitud.

Las grandes diferencias de presión se pueden percibir con cierta facilidad. Con una presión alta nos sentimos más cansados, por ejemplo, en un bochornoso día de verano. Con una presión demasiado baja (por ejemplo, por encima de los 3.000 metros) nos sentimos más ligeros, pero también respiramos con mayor dificultad.

La presión "normal" a nivel del mar es de unos 1.013 milibares y disminuye progresivamente a medida que se asciende. Para medir la presión utilizamos el "barómetro".

Las diferencias de presión atmosférica entre distintos puntos de la corteza terrestre hacen que el aire se deplace de un lugar a otro, originando los vientos. En los mapas del tiempo, los distintos puntos con presiones similares se unen formando unas líneas que llamamos "isobaras".

